

EL

MUNDO

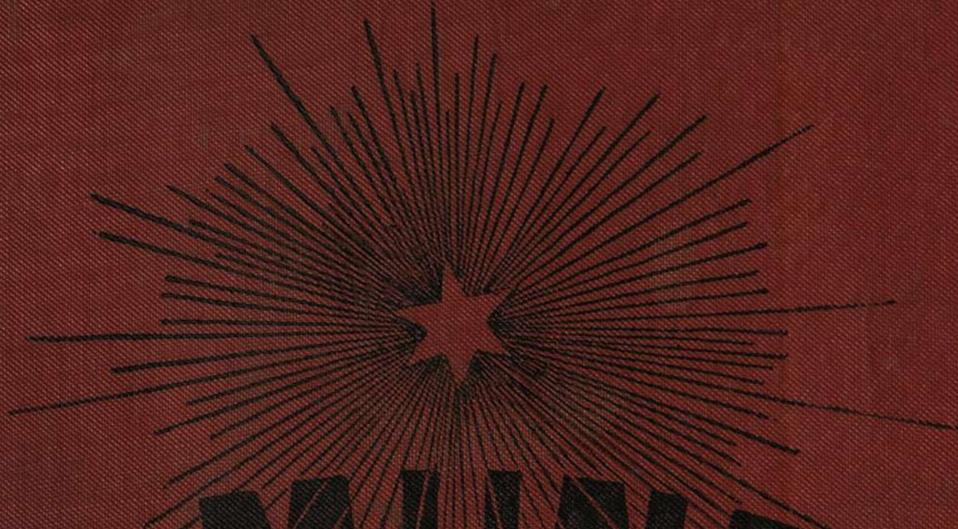
ILUSTRADO

TOMO I

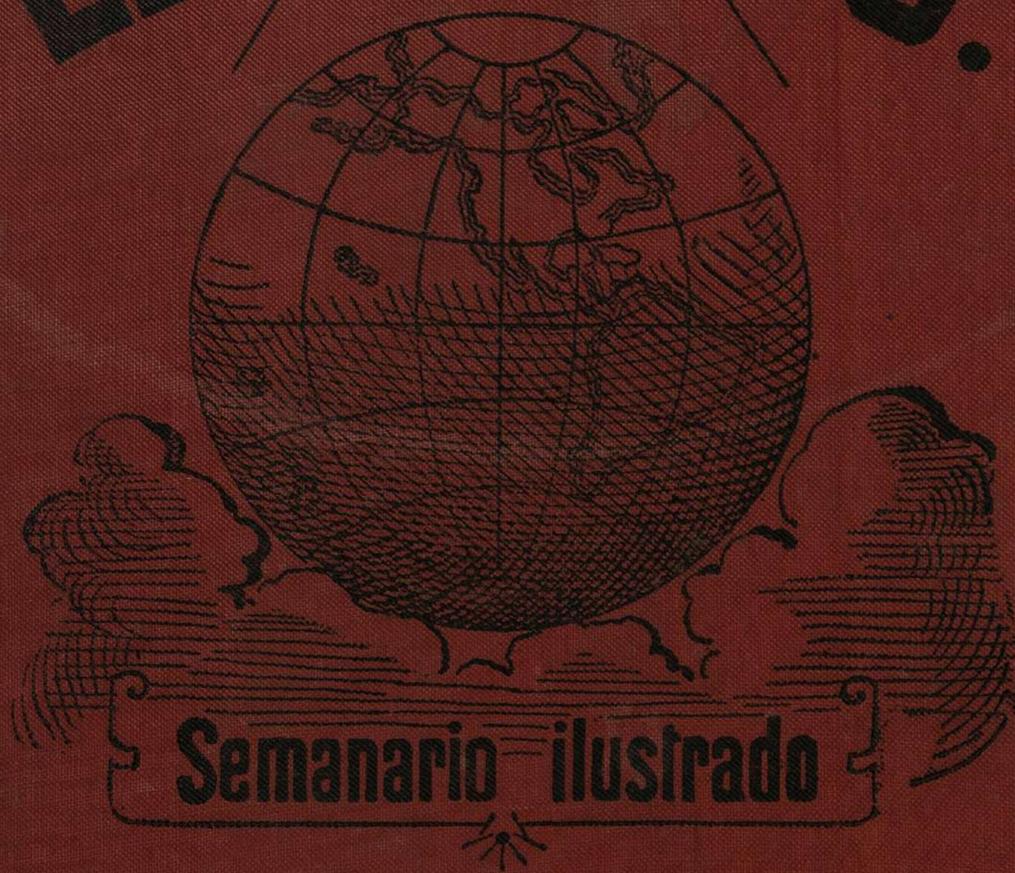
1899

Z-3943

Z - 3943



EL MUNDO.



MEXICO.

~~Z-R-3555~~

Z-3943

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACION INTERNACIONAL
19 NOV 2009
BIBLIOTECA HISTORICA
Homenaje

EL MUNDO.

MN22
2406

Tomo I

México, Domingo 1º de Enero de 1899.

Num. I

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.



DOS AMIGAS.

ACUARELA DE POVEDA.

FOTOGRAFADO DE LOS TALLERES DE EL MUNDO.

FOT. DE LUIS C. SANDOVAL.

LA SEMANA

Entro en la crónica como un convidado entra en una casa conocida donde espera encontrar buenos amigos, mujeres hermosas y paliques rociados de gracejo y champaña. Porque la crónica, para mí, no es más que un pretexto para divagar, suelta y locamente por los campos del humorismo, deslizarse por los pasillos secretos y las poternas escondidas del suceso, confiar al público, no la existencia común, sino algo de la propia existencia, no zurcir gacetillas literarias y revistas de tandas, sino cantar una romanza á la primavera, ó entonar un himno al libro nuevo, ó decir una galantería al oído de la bella que pasa, ó *flanear* sin rumbo por las avenidas del ensueño.

Los hombres políticos tienen su programa. Los cronistas, — que valen más que los políticos, porque entretienen más y son inofensivos; no es verdad, amiga mía? — deben también lanzar á los cuatro vientos un programa lleno de alhagos y promesas. Ahí va el mío. ¿Qué ofrezco? Buscar la frase bordada con oro y lentejuelas, la palabra brillante como una cuenta de vidrio, el período de dalmática de púrpura. Fingir caligatas históricas, torneos de símiles, juegos é iluminaciones de metáforas, en que los vocablos á cual más vistosos é inquietos se disputen el triunfo; éste, chiquitín como un paje, aquél, grave y rico como un heraldo; esotro, risueño y zafiamente empingorotado como un aldeano; el de más allá, desdenguado como un príncipe. . . . turba ligera de fantasías, mundos rutilantes y débiles que suben un momento por el aire tranquilo, globos irizados y transparentes, pompas de jabón, en fin, que me entretendré en lanzar soplando en una caña arrancada al caramillo de Pan, para divertir á esas niñas traviesas y locas, á esas imaginaciones tornadizas y caprichosas que de nada quieren saber sino de las *mil y una noches* de la vida, de los encantos y hechicerías del Universo, de las proezas y aventuras de la ilusión. La mentira que cuenta misterios y cábalas es una divina Scheresada. Ah! Chronos, rey Schariar, viejo sultán de las Indias, que esperas con impaciencia el desenlace de la historia de Bedreddín, deja de pasarte la mano constelada de sortijas por el negro torbellino de la barba, aparta de tu pálida boca la nerviosa serpiente de la pipa que ha envuelto tus ideas en una nube de opio, encierra en su estuche de carne morena las pupilas febriles. . . . Clara el alba, y la luz, — odalisca curiosa, — se asoma por la persiana verde, entra con timidez de enamorada y arrojando su chal de seda blanca tramada de azules estambres, murmura lentamente: Buenos días. . . .

Se levanta del diván de los sueños la divina mentirosa; es hora de volver á la realidad; no es malo reposar de las fatigas del vuelo; mientras los pájaros despiertan, vosotras ¡oh insomnes fantasías! dormid un poco. . . .

* *

Año nuevo! Busco mi asiento, el lugar que me toca en el festín y lo hallo entre mis compañeros de juventud y de esperanza.

Pasó el primer brindis. El vino burbujea en el fondo de las copas y los comensales comienzan á sentirse alegres y comunicativos. Muy lejos de mí, por entre los manjares y las flores, tras de los búcaros henchidos y las fuentes maravillosas de los dulces, entreveo los somblantes satisfechos de los altos personajes de la felicidad, de los banqueros de la dicha, de los comandadores de la fortuna, de los condecorados con el toisón de oro del placer. Hablan ellos acaloradamente. Pero las teorías de esos sabios de año nuevo, están ya trasegadas por las multitudes, y, como las monedas de uso diario, han quedado sin relieves. No convencen á nadie; no tienen valor y se guardan en la memoria como un denario ó un zequí en una colección de numismática.

Creo que nosotros no lanzaremos la queja clásica: *¡oh, quan fugaces Póstumo!* . . . al abrir esta caja de Pandora que contiene trescientos y tantos días: Ya sabemos de antemano que la señorita Esperanza no acostumbra cumplir sus promesas y que el caballero Desengaño es un amigo entrometido que con su experiencia de hombre de mundo ahoga en la cuna nuestros anhelos y les corta las alas á nuestros sueños. ¿Y eso qué importa? El corazón sigue, sin cesar, su labor misteriosa. Trabaja, á veces, como un obrero cansado; se le conoce la fatiga; se le echa de ver el disgusto; pero allí está, en el taller obscuro de nuestro pecho, construyendo latido á latido, el tálamo de nuestra prometida ventura, el joyero de nuestros imposibles delirios ó el ataúd de nuestras muertas ilusiones.

No era verdad lo que sintió Baudelaire, en el alto período de su locura negra; el corazón no puede dormir ese sueño de bruto, sin recuerdo, sin pesadillas, sin visiones. Heine, gastado por el amor y por el hastío en plena juventud, le decía en un hondo arranque de amargura: ¡acaba pronto, carpintero!

Vamos, pues, á vivir, á caminar á marchas forzadas, seguros de encontrarnos á cada paso un punto de vista no conocido, un panorama nuevo. El tiempo no huye — qué va á huir! — al contrario; tienen las horas una marcha uniforme, como la de una columna

militar en una parada. Cuando estamos entretenidos por el goce, cuando volvemos el rostro para darle un beso á la mujer amada, cuando nos llama la gloria, cuando nos atolondra el bullicio de la orgía, entonces — es claro! — no sentimos pasar el tiempo. La culpa no es suya. Mas si estamos en la alcoba, de noche, rumiando nuestras penas, ó frente al niño enfermo, esperando la hora en que ha de prepararse la tisana, ó junto al cadáver del amigo inseparable, con el pensamiento en vela, triste, luminoso y trémulo como la llama de los blandones, ¡qué buenas compañeras son esas horas silenciosas, que pasan sin aceleramiento y de puntillas para no distraernos! Ahora una: ¡cuánto tarda la otra! decimos. Y no; llega acompasadamente, toca la puerta y se sienta en la orilla del lecho á escuchar nuestras confidencias y á contar los minutos que debe acompañarnos. Después. . . . no se detiene; se va callada, como vino.

De esas iguales, pero que medidas con el listón rojo, arrancado al corsé de la novia, son tan cortas, y medidas con la cinta negra de un féretro parecen tan largas, tenemos muchas en el año. Somos ricos. Derrochemos este caudal que nos ofrecen. Ya vendrán el olvido ó la muerte á empobrecernos. Gastemos á raudales antes que estos ladrones nos sorprendan.

No temáis que las horas huyan; temed que nos las arrebatén; eso sí. Las dolorosas no son codiciadas, pero ¡ah! las alegres, las salpicadas con gotas de miel divina, las de los días áureos y las noches azules, llenan de envidia á esos bandidos de la sombra. Precisa gastarlos.

Amigos míos, entremos en el festín del año. Pasó el primer brindis. No me obliguéis á darle la bienvenida al recién llegado.

Charlemos un poco, si os parece, de esta existencia aturdida que, en Enero, cree tropezar con las doradas puertas de Jauja.

* *

Al mismo tiempo que en París, con motivo de la apertura del nuevo teatro de la ópera cómica, la *Carmen* de Bizet, ha sido en México el comentario artístico de la semana.

Los parisienses, enloquecidos de orgullo y de contento, aplauden, como nosotros, la música más apasionada y sugestiva de las que ha producido el genio lírico francés.

Aquí no sólo aplaudimos la partitura sino también la belleza de la más linda intérprete que haya pisado el escenario del Nacional: Estefanía Collamarini. Todo el mundo está de acuerdo en que la hermosura meridional de esta artista ha hecho en su carrera, por lo menos, la mitad de los triunfos. Se presenta y fascina: he aquí el prodigio. La Plástica, por esta vez, vence á la Eurithmia. Todavía no se sabe si la Collamarini es ó no buena cantante. Lo que sí aseguran cuantos la ven, es que no recuerdan de otra *Carmen* más gallarda y más seductora. La línea perjudica el sonido; la gracia vence á la voz. Por ver nos olvidamos de oír.

Amalia Sostegni, una hada rubia, dulce como una caricia de niño, posee no la belleza, precisamente, como la Collamarini, sino un encanto superior: la simpatía. Y su voz, impregnada de unción, vírgen y pura como linfa de la montaña, canta con una delicadeza, patrimonio exclusivo de los espíritus altos, los suaves pasajes de la *Micaela*. Amalia Sostegni, en la escena, recuerda la frase del viejo romántico: tiene la fragilidad aparente de las cosas aladas.

Estas dos mujeres, cuyos retratos publica *El Mundo* en este número, hicieron concebir esperanzas de una excelente temporada. Pero esas esperanzas comienzan á frustrarse. La *Aida* ha sido un insulto á Verdi. Aunque, á decir verdad, estamos ya un poco acostumbrados á estos desacatos artísticos.

Los cuales, á pesar de todo, son preferibles á la inicu monotonía de la tanda.

* *

Mme. Roux y Mr. Grossi se presentaron en el Teatro Arbeu, anoche á ejecutar sus experimentos sobre adivinación del pensamiento.

Esta clase de espectáculos que producen la sensación nerviosa de lo maravilloso comienzan á ser entre nosotros de gran atractivo. Nos llevan de un golpe al universo de lo sobrenatural, y nos obligan á viajar por el viejo país de los fukires, erizado de encantamientos y milagros. ¿Todas las experiencias que estos magos ambulantes del fakirismo occidental, nos presentan, son ciertas? Quizá no. Parece que en el fondo hay clave, prestidigitación y escaramuza. Mas . . . conformémonos con sentir por un momento el hálito de la realidad en el aire viciado del engaño. Porque, como dice la *humorada*:

Con tal que yo lo crea
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

* *

Don Matías Romero, un hombre que consagró toda su vida y todas sus energías al sublime altruismo de la Patria, acaba de morir en Washington. La nación entera está de luto. Cubramos, mientras pasa el féretro, con un crespón obscuro nuestros sueños. . .

LUIS G. URBINA.

Política General.

1898—1899.

En su ansia inextinguible de alcanzar la suspirada meta del ideal, ¡cuántas veces se sienta la humanidad á contemplar el cielo abierto á sus miradas, ó vuelve la vista hacia atrás, para sondear entre las sombras del pasado las etapas vencidas por su constancia y los senderos recorridos por su anhelo!

Mas ¡ay! que en cada recodo del camino, en las zarzas que bordan la vía, mira con dolor prendidas como vellón mezquino las ilusiones que ayer fueron su encanto, ve derribados por el suelo sus ídolos de un día, y mezclados halla con el polvo de las Persépolis y las ruinas de las Babilonias, los fragmentos del Partenón y las piedras del Coliseo. Implacable el tiempo en su obra destructora, nada respeta su segur impía: polvo es el Olimpo de Hesiodo, ceniza deleznable los dioses de Homero, sombra vana las lucubraciones de los filósofos, miseria las creaciones de los sabios, y hasta los altares de los filántropos y las banderas de los revolucionarios, que intentaron la regeneración de las modernas sociedades, yacen sepultados en menuda arena, al impulso de aspiraciones nuevas y al grito siempre angustiado de nuevos dolores.

La lucha por la existencia, iniciada en las edades primitivas por el linaje humano, al lado del oso de las cavernas y del ciervo gigante, ha continuado con encarnizamiento sin igual.

No es ya el combate individual del hombre contra el hombre, disputándose la presa palpitante y la hembra codiciada; es la lucha colectiva de pueblos contra pueblos y razas contra razas en feroz contienda buscando el predominio del mundo, discutiendo la posesión de un palmo de terreno, ambicionando la predominancia política y la preeminencia mercantil en los grandes centros de consumo. Y en medio de estos cuadros dantescos que representan una lucha que no acaba, entre ayes de dolor y rugidos de rabia, seguimos presenciando, mal que pese á los sueños de los poetas, á las aspiraciones de los filósofos, y á las predicaciones de los apóstoles, seguimos presenciando con dolor, la perpetua victoria del más fuerte.

Si el perfeccionamiento de las especies orgánicas se efectúa en el vasto teatro del universo por medio de la selección natural que hace perecer á los débiles y á los enfermizos, incapaces por ende del perfeccionamiento incesante, en el desarrollo de las sociedades el progreso se alcanza por una especie de selección social en la que sucumben los menos aptos para la gran obra de la humanidad. Ciego al parecer el destino en sus inexcrutables designios, no cuenta los individuos destrozados, ni toma razón de las cabezas cercenadas; mira la obra titánica del hombre, y lo guía á través de senderos oscuros, pero que lo han de conducir á la posesión de la verdadera luz.

Cuando se contempla aisladamente y en horizonte limitado la tarea emprendida por las agrupaciones humanas, constituidas á fuerza de labor y de sangre en las modernas nacionalidades, viendo los desfallecimientos de aquí, las caídas de allá, las angustias de todas partes, tentado se mira uno de creer que hay un hado impío que se complace en el dolor humano, y al presidir los destinos de los hombres, sólo son aceptas á sus ojos las ofrendas de lágrimas y sangre.

Preciso es contemplar con mirada más alta y abarcar en conjunto á la humanidad, para comprender sus destinos, explicar sus luchas, entender sus deendencias, abarcar sus angustias y adivinar y tener fe en su grandeza.

* *

Triste y sombría amaneció la primera aurora de 1898. Negros nubarrones se amontonaban en el Extremo Oriente, donde se han dado cita todos los apetitos y las concupiscencias de las potencias europeas. Nubes de tempestad entoldaban en esos días el cielo americano, á donde ascendían las llamas del incendio en la insurrección cubana y amenazaban romper de modo violento las amistosas relaciones entre España y los Estados Unidos. Y nubes de tormenta también se levantaban de las azules aguas del sagrado Nilo, donde la Gran Bretaña había concentrado formidable ejército, para reconquistar en favor del Jédive, las fértiles regiones del Sudan, sujetas á la obediencia de los fanáticos dervises.

Alemania tomó posesión de la bahía de Kiao-Chao con sus territorios adyacentes; Rusia entró orgullosa á Puerto Arturo, para dominar todo el golfo de Petchilí y desde sus fortalezas y los puestos avanzados de Vladivostock, ser dueña de la Manchuria; Inglaterra, después de disputar á Rusia y al Japon el predominio sobre Corea, entra pacíficamente á Wey Hai Wey para tener en jaque á su rival asiática; Francia adelanta sobre Hainaut, se extiende en el Tonkin y vigila más de cerca el drama que se desenvuelve en el fértil valle del Yantsé. Cada cual de los que se disputaban un girón de territorio en el Celeste Imperio ha logrado su objeto, y la misma Alemania que se hallaba apartada de esa competencia, ha asentado ya su planta victoriosa y nadie podrá hacerla retroceder.

Tiempo ha que el imperio chino es considerado

Artistas de la Compañía de Opera del Nacional.



SRITA. AMALIA SOSTEGNI.



SRITA. ESTEFANIA COLLAMARINI.

(Vease «La Semana.»)

como fácil botín para los poderosos de la tierra. Constituido por sedimentos seculares, donde aún se ven las estratificaciones de las razas primitivas, ese inmenso hacinamiento de pueblos, esa agregación de razas, mal ligadas por la autoridad superior, está aguardando un soplo de civilización occidental que lo haga resurgir de sus sepulcros de granito. Mas ¡ay! como todo progreso humano, éste habrá de conquistarse por el dolor y la violencia.

Las clases aristocráticas, con prerrogativas hereditarias de origen milenario, mal se avienen á renunciar sus privilegios de que se verán desposeídas ante los avances de la cultura. Las mismas clases populares hundidas en el horror de su ignorancia, encenegadas en el fango de su miseria, eternamente arrodilladas en las sombras de la superstición y apegadas, como el molusco á su concha, al antro obscuro de sus tradiciones, tardarán mucho en despertar, y, azuzadas por sus altivos señores que las explotan y envilecen, lucharán desesperadas por quedar en la sombra, por permanecer en el fango, por vivir en el antro en que siempre han vegetado.

La dinastía reinante, solicitada alternativamente por las sombras que vienen de su pueblo y la luz que procede de las influencias extranjeras, vacila entre el temor supersticioso de disgustar á los suyos, y el miedo real de que los de fuera le abran los ojos á cañonazos. De esas vacilaciones se aprovechan las potencias occidentales que quieren prevalecer sobre el imperio, y á virtud de la influencia británica que á las veces triunfa y de la influencia moscovita que prevalece en ocasiones, se traman tragedias en el palacio imperial de Pekín, desposeyendo al soberano y dejando la suprema autoridad en manos de la vieja emperatriz viuda, quien pretende con maquiavélicas intrigas conjurar la suerte del imperio.

* *

Allea jacta est! Con voz solemne y sin que nadie se haya levantado á contradecirlo, Lord Salisbury ha declarado que China ha de contarse entre las naciones enfermas y caducas, y á las que debe administrarse la extremaunción del repartimiento. Tarde ó temprano vendrá la desintegración en el Celeste Imperio, y las naciones europeas, que están á la vera de sus despojos, entrarán de lleno en sus vastos territorios, ingertando á sangre y fuego los frutos del progreso occidental en el viejo y carcomido tronco de la caduca civilización asiática.

La hora sonará de galvanizar ese cadáver, transfundiendo savia nueva en su organismo disgregado. Sólo la competencia en la posesión de los despojos pue-

de prolongar la inútil vida de esa sociedad que se desmorona cuarteada por los siglos, que se hundirá al golpe de la piqueta demoledora del progreso.

Nada podrá detener á los conquistadores en su tarea. Ni el despertar del imperio del Sol Naciente entorpecerá sus pasos. Han visto la temible competencia que á la producción europea ha hecho la industria del Japón, recién entrado al concierto de los pueblos cultos: despertarán al movimiento moderno las innúmeras tribus de mongoles, tártaros y mandchúes; procurarán encauzar en provecho propio su poderosa actividad, aunque sientan después el *terror amarillo*, viendo alzarse nuevos motivos de angustia en sus centros productores y nuevas formas de protesta en las aspiraciones socialistas.

* *

Mas si los *miedos orientales* se han disipado y no preocupan por ahora á los estadistas, es porque otro terror ha nacido con perfiles casi apocalípticos: es el *terror yankee*, engendrado á la luz del incendio de las naves españolas en la bahía de Cavite; al relampagueo de los cañones de Sampson que aniquilan en dos horas la flota del heroico Cervera; á la voz de Dewey que rechaza las insinuaciones del almirante alemán en las aguas de Manila; y ante la actitud de los comisionados americanos en la conferencia de París, que firmes en sus demandas y casi implacables en sus solicitudes, convierten en pavesas el imperio colonial que le quedaba á España, desechan toda discusión sobre deudas coloniales, reclaman la posesión de Puerto Rico, obtienen la soberanía de Filipinas, y clavan su pabellón triunfante en la gran Antilla, mientras puede alentar libre é independiente la República de Cuba.

En un supremo esfuerzo, y para desarmar la insurrección antillana, el gobierno español concedió la autonomía; mañana hace un año que comenzó á funcionar el gabinete autonómico, en medio del regocijo oficial de la Habana. Aparte de que la medida era tardía y arrancada por la fuerza, no resolvía más que el problema político y dejaba en pié el problema económico. Por eso no prosperó. Los insurrectos cubanos rechazaron la libertad á medias que se les otorgaba entre los horrores de la guerra, como rechazaron después el armisticio, porque temían que no los condujera á su anhelo supremo: la absoluta independencia.

En tanto los clamores del pueblo americano por la intervención condujeron al Congreso americano á sus famosas resoluciones del 19 de Abril, y no aceptando España el abandono de Cuba, la guerra se hizo inevitable. Débil, empobrecida, agotada por una doble

guerra colonial en la que había gastado todas sus energías, la monarquía española tuvo que sucumbir y aceptar dolorosamente la triste condición del vencido, aceptando de grado ó por fuerza las duras imposiciones del vencedor.

* *

Mas si la derrota impone á España la ruda labor de reconstruir toda una patria, para restañar su sangre y cicatrizar sus heridas, y enjugar sus lágrimas; si le corresponde concentrar todas sus energías para entrar en una nueva era de regeneración, donde no quepan ni las inicuas ambiciones de Don Carlos, el pretendiente desahuciado, ni las utopías regionalistas que tiendan al separatismo, ni los sueños republicanos que ensangrentarían un suelo tan trabajado; no es menos difícil la tarea que se ha impuesto el vencedor, en medio de los esplendores de sus fáciles victorias.

Debe procurar que caiga en Cuba el rocío fecundante de la paz, para que á su abrigo incube la República Cubana. Debe hacer de Puerto Rico un territorio federal para que sus habitantes honrados, trabajadores y pacíficos, no echen de menos á su antigua metrópoli, y entren de lleno y sin tropiezos á la vida republicana. Debe hacer de Filipinas un territorio próspero y feliz: sofocar impaciencias, refrenar aspiraciones, segar corruptelas, cercenar añejas tradiciones y hacer de los heterogéneos grupos humanos que habitan el Archipiélago un pueblo unido, capaz de recibir más tarde el agua lustral de la cultura moderna, digna de la gran República.

¡Qué alta será entonces su misión! ¡Cuál se levantará el partido republicano que hoy se halla en el poder, contestando con hechos irrefutables las contradicciones de los demócratas que se oponen á la expansión territorial! Sólo así podrá sincerarse ante el pueblo, ante el mundo y ante la historia de haber olvidado un punto las gloriosas tradiciones que les legaron como sagrado testamento los Washington y los Jefferson, padres insignes de la patria americana.

* *

Después de la guerra hispano-americana, que ha colocado á los Estados Unidos en la categoría de las grandes potencias y los ha puesto en condición de fundar un imperio colonial con los despojos del imperio de Felipe II, nada preocupa tanto á las naciones europeas como la marcha invasora de la Gran Bretaña sobre el continente africano. La espada vencedora de Kitchener que fulminó en Dongola, relampagueó en Berber y redujo á cenizas, cabe las ruinas de Ondur-

MEXICO MODERNO.



CASA DEL SR. EUSEBIO GAYOSSO.
en la calle de la Mari-cala.

mán y los muros de Jartún, el poder del Mahdí y la influencia de los dervises en las vastas regiones del Sudán, ha sido también motivo y ocasión de que se rompan las hostilidades entre las dos grandes potencias occidentales de Europa, que comparten el dominio del Africa septentrional.

Un esforzado aventurero francés, el ilustre capitán Marchand, había emprendido desde las costas de Senegambia un viaje atrevido, á través de comarcas inexploradas, para encontrar un puerto de salida en el Nilo superior. Después de peripecias románticas y de



CASA DEL SR. JUAN A. ARZUMENDI,
en la calle de Sadi Carnot.



CASA DEL SR. ANGEL SAVALZA, EN EL PASEO DE LA REFORMA.

episodios novelescos, funda factorías á su paso, deja guarniciones en los puntos estratégicos y clava el pabellón francés en las riberas avanzadas del Bahr-el-Ghazal y sobre los muros de Fachoda.

No necesitaba más Inglaterra para provocar un conflicto; y considerándose en nombre del Jedive dueña de todos los territorios sujetos á la obediencia del sultán de Jartún, declaró á Marchand invasor de su propio territorio y reclamó su retirada. Francia, que no estaba preparada para el conflicto, en vano alegó derechos y prerrogativas: al fin tuvo que ceder á las exigencias británicas, guardando para más tarde sus reclamaciones y apelando, por ante el concierto de las naciones, de la solución del problema egipcio.

* *

Y he aquí que en los momentos en que el Czar, inspirado en ideales sublimes de filantropía y humanidad, predica la paz entre los hombres de buena voluntad, y convoca un congreso internacional para procurar un general desarme, que alivie á los pueblos del grave peso con que se miran agoviados, es precisamente cuando se despiertan añejos rencores, odios olvidados y viejas ambiciones, para poner frente á frente pueblos contra pueblos y razas contra razas en la perpetua lucha por la existencia.

En vano se anuncian visitas cordiales de soberanos para el día en que se reúna en Lóndres el congreso de la paz: la tempestad ruga en las tinieblas, el cielo se entolda con negros nubarrones, y á la cárdena luz del relámpago que rasga el cielo, se ve entre las sombras á los ejércitos en pie esperando el toque de rebato.

* *

Como contestando á ese predominio invasor de Inglaterra, que sigue su marcha imperturbable, en su política de aislamiento egoísta, se habla de alianzas, se trata de coaliciones y se pronuncia la palabra *liga continental* contra la gran potencia marítima. Míranse cuarteaduras ligeras en el sólido edificio que por más de cuatro lustros ha constituido la Triple Alianza, y como para compensar ese apartamiento posible de las potencias de la Europa central, háblase de una aproximación leal y positiva entre Alemania y Francia que, asociadas al gran imperio moscovita, formarían barrera infranqueable á las ambiciones de Inglaterra.

Ah! Qué hermoso día para la causa de la civilización occidental, aquel en que se olvidaran las rencillas del pasado! Qué hermoso día aquel en que viéramos juntos al germano y al francés, apartando la vista de la sombra de Sedan, y trabajando de consuno en su propio engrandecimiento! Devuelta á Francia, declarada neutral, ó con régimen autonómico bajo la salvaguardia de las potencias, la Alsacia-Loreña dejaría de ser la manzana de la discordia entre dos grandes pueblos.

Llegará la ocasión y acaso no esté muy lejana en que veamos juntas á Francia y á Alemania, de acuerdo primero en asuntos coloniales contra Inglaterra que amenaza á todos, y después en sus relaciones internacionales que interesan á la paz de Europa.

* *

Día llegará. No existe ya el Canciller de Hierro, que fundó sobre sangrientos despojos los cimientos de la nueva Germania; no existe ya el inflexible Bismarck, que quiso modelar el imperio en formas medioevales, y resucitar en nuestros

días la figura secular de Barba Roja. El joven Hohenzollern tiene abierto su espíritu á todas las corrientes de los modernos ideales, y acaso quepa en su temperamento de romántico y soñador una aproximación hacia los que fueron enemigos de sus padres. Si Austria olvidó Sadowa, y Rusia olvidó Sebastopol ¿no podría alguna vez Francia olvidar Sedán?

Para conjurar la tormenta amenazadora no caben más que las nuevas alianzas á las que de seguro contribuirá Nicolás II, apóstol de la paz. La Gran Bretaña no puede variar en su política y por eso acecha la ocasión de vencer á Francia su rival. Ha visto desaparecer bajo las majestuosas bóvedas de Westminster al insigne Gladstone, al «great old man» que le hablaba de conciliación con palabras de apóstol, en nombre de la libertad, y le anunciaba la concordia y la paz con acentos de profeta, en nombre del derecho.

En Africa, en el remoto Oriente, en la Europa monárquica y en la misma tierra americana, solo Inglaterra aislada ó apoyada en la pretendida alianza con los Estados Unidos y Japón, puede turbar el concierto de las naciones. Esperemos que nuevas y fuertes alianzas logren mantener la paz, y así podrá el mundo que piensa y que trabaja, concurrir al llamamiento á que lo convoca Francia en el gran certamen de París, Francia, que, olvidando sus dolencias interiores,

alma á todos los pueblos de la tierra, para despedir dignamente al siglo que acaba y saludar al siglo que empieza con todas las pompas de la moderna cultura.

31 de Diciembre de 1898.

*Concedo
Pena Soliaguay*

Nuestras Ilustraciones.

DOS AMIGAS.

ACUARELA DE POVEDA.

Dos deliciosas mundanas van al baile, y mientras llega la hora de incrustarse en el capitonado cupé, charlan junto á la chimenea y se cuentan esas mil cosas fútiles y encantadoras que forman la habitual conversación femenina.

Tal es el asunto escogido por Poveda para crear una acuarela de grandes dimensiones, que entendemos es el único trabajo de ese procedimiento artístico que nos ha llegado en el contingente español para nuestra XXIII Exposición Nacional de Bellas Artes.

Antes de expresar nuestra opinión sobre este cuadro, cuya reproducción bastante fiel ofrecemos hoy á nuestros lectores, creemos oportuno darles á conocer los orígenes de la ACUARELA y sus peculiaridades, para que se formen una idea exacta de lo que es ese género de pintura, advirtiéndoles que los asertos que hacemos, fundados en práctica y estudio personales, están consignados en todos los escritos de todos los autores que sobre la acuarela han hablado, de los cuales Théophile Gautier es, á nuestro juicio, el que mejor la comprendió y el que mejor la supo juzgar.

La acuarela propiamente dicha, la única, genuina y limpia es la pintura sobre papel ó cartón precisamenté blanco, en la cual se emplea colores transparentes diluidos en agua pura.

Extrañará sin duda el que fijemos que se ha de pintar sobre fondo precisamente blanco, pero ello se explica por dos razones capitales que á nuestro modo de ver constituyen los distintivos fundamentales del procedimiento: 1º Los colores de la acuarela son siempre transparentes, nunca pastosos, por oscuros que sean, y sólo pueden desprenderse en exacta tonalidad y bien diáfanos, cuando se dan sobre un fondo blanco; 2º En la acuarela clásica no se emplea jamás el blanco, pues el blanco que necesita lo da el del papel mismo en que están ejecutadas.

Una acuarela (?) en que se pone blanco no es estrictamente más que una gouache, un aguazo, y este procedimiento sí permite usar fondo de cualquier color y admite así mismo la superposición pastosa de varias capas de color.

Hay quien denomina acuarelas á ciertos trabajos de aguazo, lo que es un absurdo, y hay quien así denomine á cierto género de obras híbridas, muy de moda en los Estados Unidos, hechas con ayuda de lápices de pastel y del esfumino y con el innoble concurso del soplete pulverizador (brocha de aïre), lo que, á más de un absurdo es deliberadamente engañoso.

Bástenos citar, en apoyo de lo anterior, la opinión de M. Delécluze, el eminente pintor y crítico francés: «Si algún pintor temerario osase agregar á los simples colores de la acuarela alguna substancia ó instrumento extraños,—siquiera sea demasiada goma para vigorizar las tonalidades—debe vérselo con el mismo desprecio con que se ve al hombre que hace trampas en el juego.

El nacimiento de la acuarela se debe á los miniaturistas de la edad media quienes aplicaron el procedimiento, sin sombreado, sobre dibujos hechos á la pluma. Paulatinamente vino el perfeccionamiento y es muy difícil reconocer á los primeros acuarelistas genuinos, pues algunos trabajos que hemos visto en museos europeos, no pueden atribuirse con entera certeza sino á artistas del siglo XVIII, tales como Moreau, junior, Fragonard y Taunay. En Inglaterra, y á principios de este siglo, empezó realmente á cultivarse la verdadera acuarela, cuando se fundó la famosa Society of painters in water colours, pero hay que advertir que entre las supuestas acuarelas de esa época hay muchos aguazos.

**

Si nos hemos detenido en tratar de la acuarela en

abstracto con motivo de las «Dos amigas» de Poveda, fué porque, como ya dijimos, es uno de los pocos trabajos de este género, si no el único, que ha venido de España, lo que nos extraña sobremanera, pues en ese país se ha cultivado y se cultiva mucho la acuarela, habiendo sido Fortuy uno de los más notables acuarelistas que conocemos.

Concretándonos á las «Dos amigas» de Poveda, diremos que es un buen trabajo, digno de figurar en una galería selecta.

Además del buen dibujo, tiene correcta perspectiva, justo escalonamiento de los planos y la idea, si no trascendental, es bastante oportuna y graciosa.

Sólo encontramos pobreza de color, la cual, á nuestro juicio, no es atribuible al procedimiento, pues la acuarela puede dar tonos mucho más vigorosos y más llenos de jugo.

dón, levantándose de una manera imponente sobre el Sena.

Las principales construcciones del lugar destinado al Antiquo Paris serán: la Puerta de Saint Michel, las tabernas de los escolares, diversas casas y residencias agrupadas en derredor de una de las altas torres del Louvre, la Iglesia de Saint Julien des Menetriers, el Gran Chatelet, la Cámara de cuentas del siglo XVI, el Palacio, etc. etc.

El Antiquo Paris restaura una de las más curiosas iglesias de los tiempos que fueron: Saint Julien des Menetriers, construida el siglo XIII en la calle de San Martín por los «trovadores, cómicos y maestros en el arte de trovar, dependiente de la ciencia y arte de música, que á la sazón vivían en esta ciudad de París.»

En el pórtico de la Iglesia estaban las estatuas de San Geneste, cómico romano y mártir, patrón de los saltimbanquis y de San Julián Hospitalario, patrón de la Iglesia de San Julián del otro lado del Sena.

Hasta la época de la Revolución, la Iglesia de San Julián fué propiedad y centro de los cómicos y cantantes, después de los músicos, disputándose la por último dos secciones de la corporación: la comunidad de los músicos y la Academia de baile.

En el pórtico se reunían cómicos, trovadores, danzantes, músicos, etc. y los artistas que tocaban violín, mandolina, flauta y otros instrumentos, venían á este lugar para ofrecer sus servicios en banquetes, bodas y fiestas de toda clase.

Para dar á la antigua iglesia su aspecto pintoresco, sin duda se poblará su pórtico de gentes vestidas como las que pululaban en los siglos pasados, y será ese lugar el predilecto de los aficionados á emociones intensas, exquisitas y extrañas.

El cañón "Mondragón" en Francia.

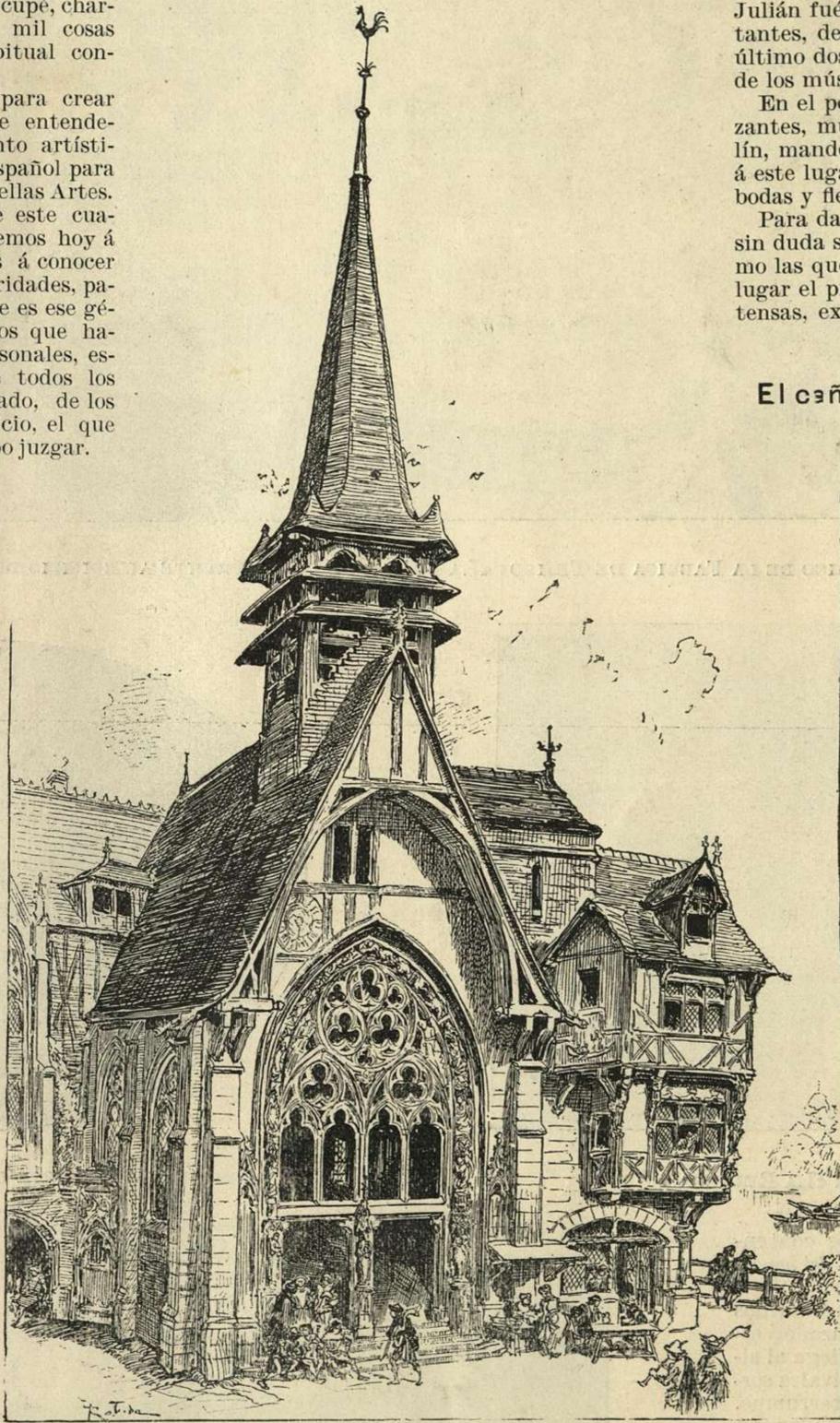
El grabado de la página nueve representa el cañón sistema «Mondragón» cuyo cierre ha venido estudiándose desde hace ocho años, teniendo adjunta la caja de los proyectiles de camisa de acero de que se hace uso en esta clase de artillería; así como el escobillón y varas que sirven para su transporte cuando se hace la tracción con las asémilas que sirven también para cargarlo y transportarlo á través de las montañas de nuestro país, en cuyo caso se descompone la pieza y sus montajes en tres cargas que se reparten en otras tantas asémilas.

Toda la construcción del cañón, está hecha del mejor acero de las forjas de Saind Chamond, fábrica donde se construyó. De la misma manera su montaje, teniendo éste como especialidad, también de la invención del Sr. Mondragón, el freno que se ve en la contra, que tiene por objeto volver á hacer entrar en batalla la pieza, después de haberse disparado.

El alcance de esta pieza, que es de montaña y adecuada á nuestro país montañosa, es de cinco mil metros, y el peso del cañón no pasa de noventa kilogramos, lo que le hace fácilmente transportable por los caminos y asperezas de la sierra.

La carga del cañón es de ciento treinta y dos gramos de pólvora sin humo y el casco es metálico. El calibre del cañón es de setenta y cuatro milímetros y la velocidad inicial del proyectil es de doscientos setenta y cinco metros por segundo, tiro rápido.

El Teniente Coronel Sr. Mondragón, salió de ésta capital para Europa en Junio 12 de 1897. Los cañones que llevan su nombre y son de su invención, fueron experimentados en el polígono de Saint Chamond, (Francia), dando un brillante resultado.



EL ANTIGUO PARIS EN LA EXPOSICION DE 1900.—LA IGLESIA DE SAN JULIAN.

ATRATIVOS DE LA EXPOSICION DE 1900.

EL ANTIGUO PARIS.

En la orilla derecha del Sena, cerca del Puente de Alma, se levantará sobre una inmensa plataforma el Antiquo Paris, con sus torres, sus casas y curiosos edificios restaurados de una manera exacta para dar, frente á los Palacios de Guerra y Marina, el espectáculo de un pasado pintoresco y caro á los contemplativos.

La plataforma que servirá de pavimento al Antiquo Paris, tiene una superficie de 6,000 metros cuadrados. Su nivel la pondrá á cubierto de las crecientes del río y esta precaución no sólo es útil sino que á la vez contribuirá á la belleza de tan interesante lugar. El Antiquo Paris tendrá vistas maravillosas hácia la Exposición, las colinas de Bellevue y Meu-

"EL DUELO INTERRUPTO"

CUADRO DE JOSE GARNELO ALDA.

En magnífico grabado tirado aparte, ofrecemos hoy á nuestros abonados una reproducción del célebre cuadro de José Garnealo Alda, que constituye una de las mejores notas de nuestra Exposición Nacional de Bellas Artes.

Es una escena altamente dramática, inspirada por nuestra vida moderna. En un baile estalló la ofensa, y estalló tan sangrientamente que el encuentro quedó pactado al instante, de modo que cuando los primeros fulguros del sol naciente besaban con luz pálida las marchitas pompas de los salones en donde

Viaje del Señor Presidente de la República á Monterrey.

FOTOGRAFÍAS DE D. LAGRANGE.



CARRO ALEGORICO DE LA FABRICA DE TEJIDOS «LA FAMA.» (TOMADA FRENTE AL EDIFICIO DE LA MISMA.)



CARRO ALEGORICO DE «LA REINERA.»



ARCO LEVANTADO POR LOS OPERARIOS DE «LA FAMA.»

momentos antes se efectuaba el sarao, ya los contendientes estaban sobre el menguado *campo del honor*, espada en mano y listos para *lavar su nombre*.

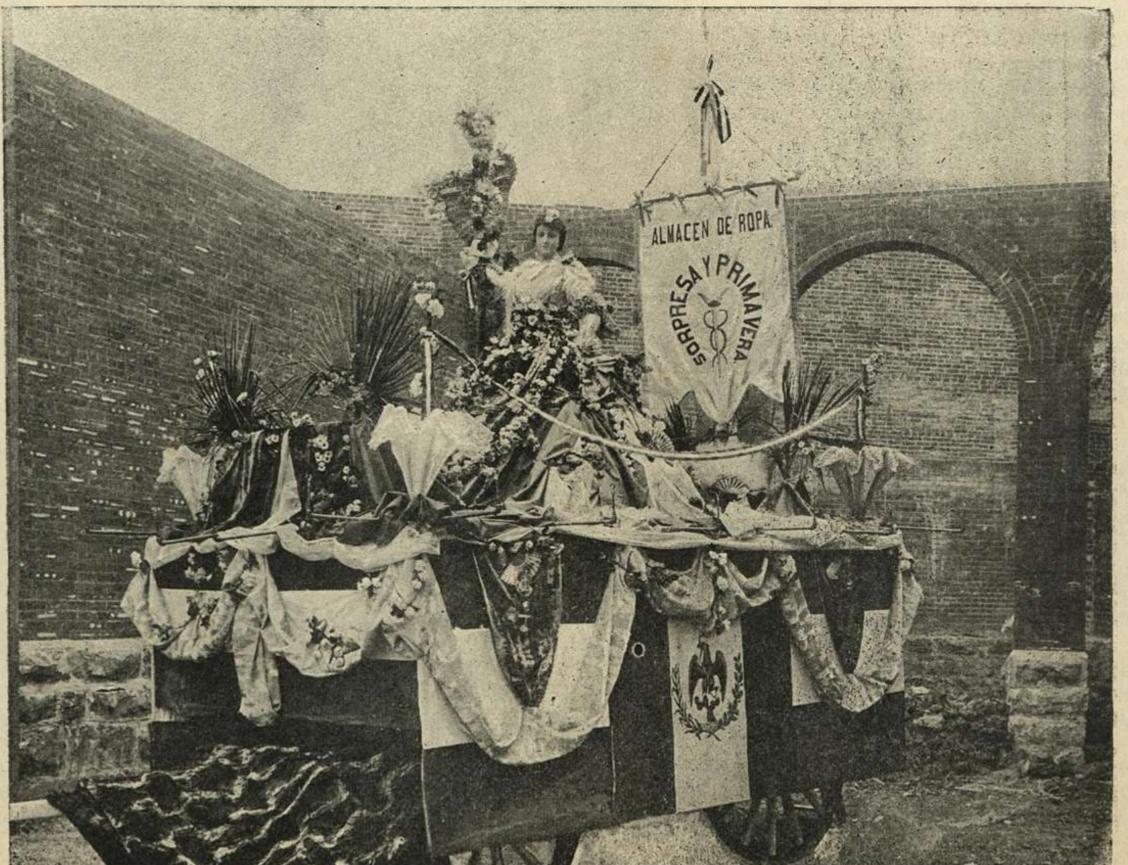
Mas he ahí que en el momento en que los padrinos habían dado la voz de *listos!* un carruaje, lanzado á escape, aparece entre los claros del follaje y llega al sitio en que se desarrollaba el drama. Los rivales sorprendidos bajan las espadas y el duelo se interrumpe.

Del carruaje descienden dos mujeres, ataviadas aún con los trajes de la fiesta, y una de ellas, la esposa sin duda, abraza á uno de los contendientes el cual calla, mirando hoscamente el suelo, mientras su adversario, respetando el nobilísimo impulso de amor que es causa de la interrupción, espera dignamente la decisión de los padrinos.

Es una obra perfectamente sentida y ejecutada con maestría tanto en el conjunto como en los detalles. El dibujo es minucioso sin amaneramiento, el colorido real y sobrio, la perspectiva y el modelado buenos.

Tiene un pequeño defecto de composición: el extraordinario parecido físico de ambos contendientes, el cual hizo que alguien bautizara este cuadro con el irónico título de «*Duelo entre gemelos.*»

Hay que advertir que el cuadro que se encuentra en la Academia de San Carlos es el boceto que trazó el autor para la ejecución del cuadro definitivo que se halla en Europa. Posteriormente y antes de enviarlo á México, el mismo Garnelo de Alda, concluyó el boceto, copiándolo del cuadro definitivo á que acabamos de referirnos, el cual fué premiado en Madrid con medalla de segunda clase.



CARRO ALEGORICO DE LA CASA «SORPRESA Y PRIMAVERA.»]



Cuadro de D. José Garnelo.

EL DUELO INTERRUPTIDO.

Fotograbado hecho en los talleres de "El Mundo"

**El viaje del Sr. Presidente de la República
A MONTERREY.**

**VISITA A LA FABRICA DE LA FAMA
Y MOLINOS DE JESUS MARIA.**

La mañana del miércoles 21 del pasado salió el Sr. Presidente acompañado de numerosa comitiva á visitar la Fábrica de «La Fama» y los Molinos de Jesús María.

En la Estación del Nacional Mexicano tomaron un tren especial, y veinte minutos después llegaron al lugar de parada frente á la fábrica.

El trayecto, como de quinientos metros, hallábase cubierto por niños de ambos sexos, de escuelas oficiales, que formaban valla, sosteniendo ellas preciosas banderas tricolores y presentando ellos armas, el conjunto era bello y tierno espectáculo. La llegada de la comitiva, acompañada de los señores Ingeniero Manuel G. Rivero y Tomás Mendirichaga, en representación de las honorables casas V. Rivero Sucs. y Sucs., de Hernández hermanos, principales accionistas de esta negociación, fué recibida por los Sres. José Olivier y Comonfort, Gerente de la fábrica, y Pablo Segarra, Director.

En el primer patio elevábase un artístico arco formado de pacas de algodón, algodón suelto, huso y demás utensilios.



CARRO ALEGORICO DE LA «FABRICA DE AGUAS GASEOSAS.»

Penetró en los talleres el Señor Presidente y después de recorrer los diferentes departamentos que constituyen la negociación, felicitó á los Señores Gerente y Director por los buenos productos elaborados en su Fábrica, obteniendo de lo más interesante, muestras que llevó consigo.

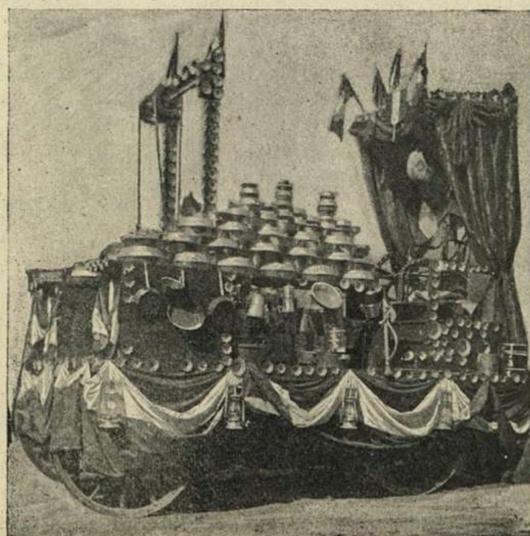
En los Molinos de Jesús María el ilustre visitante y sus acompañantes, fueron recibidos por el Sr. Ingeniero Manuel G. Rivero, miembro de la Casa V. Rivero Sucesores, quien hizo los honores de la casa, mostrando la maquinaria, trabajos, enseres, materias primas, y todo lo que constituye y usa la negociación, así como los productos elaborados que son, no cabe dudarlo, de lo mejor que se produce en materia de harinas, pues rivalizan ventajosamente con las extranjeras y es esta una de las más pequeñas industrias que tiene establecidas la emprendedora casa Rivero Sucesores.

Al pasar al comedor, llamó poderosamente la atención de la comitiva un águila viva, sujeta á un escudo que coronaba la puerta de entrada. La reina de las aves se hallaba con las alas abiertas, y los pies ligados. Su vista fué motivo de muchas agudezas; mas aún cuando se supo la coincidencia, de que momentos antes de posarse en la quinta, la fábrica no tenía un objeto apropiado que poner sobre el escudo.

El Sr. Presidente propuso que se pusiera al ave un anillo de oro, en el pié, con la fecha grabada, dándole



CARRO ALEGORICO DE LA «CERVECERIA CUAUHEMOC.»



FABRICA DE ARTEFACTOS DE HIERRO LAMINADO.



AGUILA APRISIONADA EN LOS MOLINOS DE JESUS MARIA EL DIA DE LA VISITA DEL SR. PRESIDENTE.



CARRO DE LA COMPANIA MINERA «ZARAGOZA.»

después libertad; opinión que fué acogida con aclamaciones.

Una vez terminada la rápida visita á la finca, la comitiva presidencial ocupó de nuevo su carro, en unión del Sr. Rivero, pasando por un ingenioso puente formado por sacos de harina que se levantó cerca de la vía férrea.

CARROS ALEGORICOS.

Imponente y grandiosa fué la procesión industrial que recorrió las calles de Monterrey la noche del jueves 22 del pasado Diciembre, para manifestar al Sr. Presidente el respeto, la admiración y el agradecimiento de las diversas empresas de aquella ciudad.

Formaban la procesión veintidos carros alegóricos, de los cuales aparecen los que pudieron tomarse fotográficamente.

Organizóse la procesión, empezando el desfile en la calle del Hospital hacia el Sur, hasta la Plaza de Degollado, pasando frente á la casa del Gobernador, alojamiento del Sr. Presidente, para seguir después por las calles de Hidalgo, Zaragoza, Doctor Mier y Roble, y disolverse en la Plaza del Colegio Civil.

Todos los balcones de las calles del tránsito fueron ocupados por infinidad de espectadores, y algunos de estos tuvieron que pagar precios elevadísimos por las localidades.

Además del alumbrado de gasolina y gas acetileno que llevaban los carros, una multitud de individuos marcharon con antorchas y luces de Bengala dando á la escena un aspecto fantástico.

EL GRAN BAILE EN EL CASINO.

La fachada del suntuoso edificio brillaba con su extraordinaria iluminación. Estuvo formada de multitud de lámparas incandescentes, que en artística combinación representaba caprichosas figuras del mejor gusto.

A lo largo del vestíbulo, dos hileras de esbeltas columnas de mármol negro sobre las que, en elegantes tiestos de porcelana, lucían con variado matiz plantas y flores exóticas. Completaba este armonioso conjunto, una bóveda de raso color de rosa, artísticamente plegado.

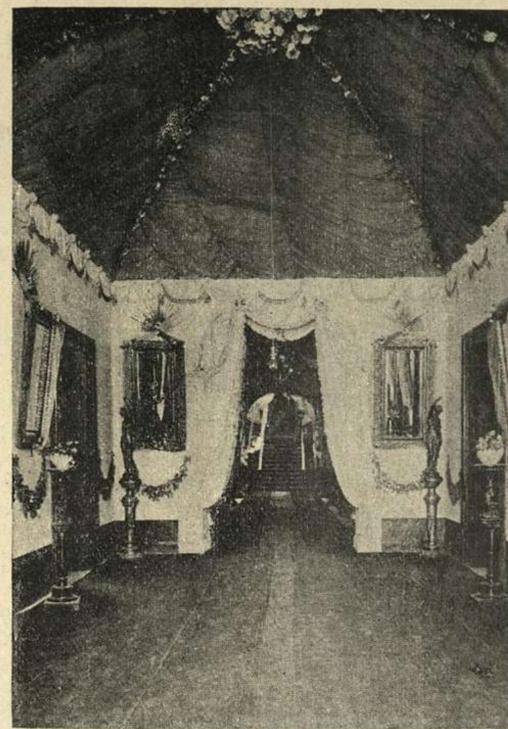
Los muros lucían, de trecho en trecho, elegantes espejos biselados cuyo el terso cristal encuadraban lujosos marcos.

El aspecto del patio inferior, era prodigioso. Cada una de las cinco divisiones que formaban ese patio se componía de una serie de elegantes columnas, pintadas al óleo, en que el color oro viejo que dominaba, producía el efecto de uno de esos suntuosos templos de severas naves.

El piso estaba cubierto de alfombras de colores, rojo y azul, que formaban agradable contraste con los adornos de gasa que unen los capiteles de las columnas.

El resto del adorno consistía en grandes macetones, espejos y tibores, distribuidos con gusto y colocados con arte.

A la parte izquierda del corredor estaba el salón del



VESTIBULO DEL CASINO.



SALON CONSTRUIDO ESPECIALMENTE PARA EL BAILE PRESIDENCIAL.



GRAN SALON DE BAILE.



ESCALERA DE HONOR DEL CASINO.

banquete. Los muros de éste, cubiertos de espejos, alternaban con haces de banderas de todas las naciones, formando un conjunto agradable. Cinco focos de color y cien incandescentes derramaron su luz en este aposento, que parecía iluminado á giorno.

Había dos mesas de honor, arregladas para diecinueve cubiertos, formando dos ángulos rectos, unidos; la general se extendía en línea recta. Otras mesitas móviles se colocaron en el patio descrito, no bastando el salón-comedor para alojar al gran número de invitados que concurrieron.

La escalera que á ambos lados se encontraba, dejaba correr entre los claros del follaje, espléndidas cascadas. Saltaba el agua entre caprichosas y blancas estalactitas y en rompiendo de espuma caía en recipientes rodeados de fresco heno y blancas rosas, reflejando una espléndida combinación de luces.

La planta alta estaba formada por un gran patio de hermosísimo aspecto. El conjunto en su decorado era de estilo Luis XV. Hay una serie de columnas de orden jónico, de doradas volutas. De ellas arranca un número igual de regias arcos. Brillaban en los capiteles centenares de lámparas Edison, formando óvalos, en tanto que los arcos ostentaban magníficos cortinajes de raso amarillo paja, orlados de oro y bambalinas verde nilo y rosa.

En la unión de los arcos, elegantes escudos artísticamente combinados con palmas rosadas.

El techo fué cubierto y abovedado con crespones de gasa, luciendo entre ésta, anchas franjas amarillo, azul y rosa; completaba el soberbio conjunto la gran araña del centro, de donde pendían esferas esmaltadas, y guirnalda cuyos colores lucían entre los innumerables focos incandescentes.

La alfombra era roja y azul Step. Es la

que usa el Casino para los bailes, y también en sus salones de recepción. Estos, en número de tres, estaban separados del centro; los laterales, por tendidos arcos. Su decorado era de un lujo espléndido. Las puertas tenían elegantes cortinajes de fino peluche rojo y oro viejo, combinados con verde y rosa. En el interior lucían magníficas lunas venecianas, vistosos tapices y suntuoso y rico mobiliario. Resaltaban los sillones, en gran número, con su blando acojinado de roja felpa.

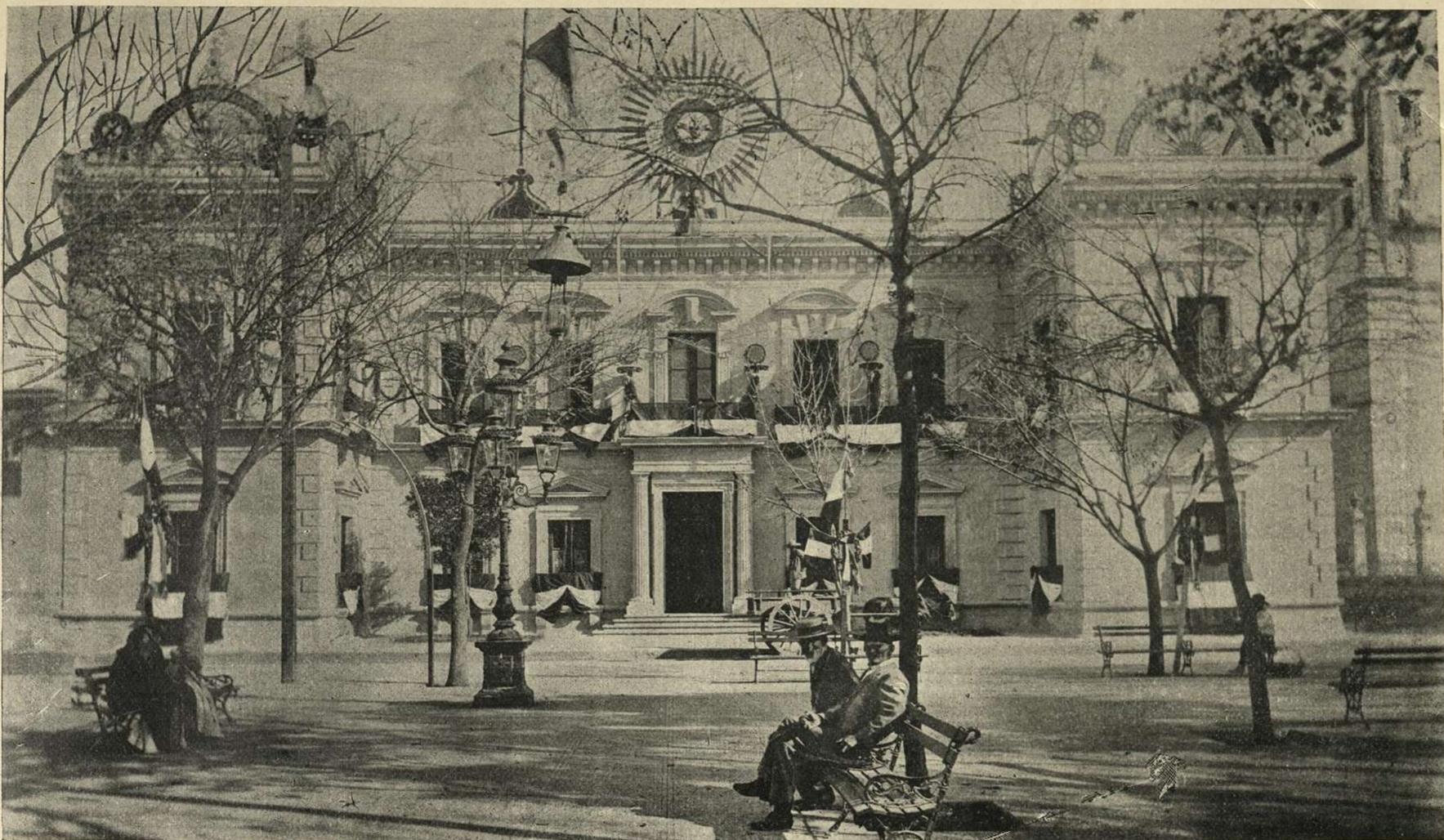
En el centro del salón se veía un cuadro con el retrato del Señor General Díaz, al que formaba marco un gran pabellón de raso. Los otros departamentos eran también muy elegantes. La sala, destinada para la toilette de las señoras, era espléndida. El grande y lujoso tocador se extendía ocupando todo un costado y alcanzaba al techo. Era de caoba con molduras artísticamente talladas. El resto de la sala estaba dividido en tres compartimientos, por medio de magníficos espejos venecianos.

El salón-tocador estaba comunicado con el que sirve de guardarropa. No tenía éste más que una elegante estantería, de caoba también, luciendo en los cajones y puertecillas, artísticos tallados.

Al Señor Presidente y sus Ministros se les destinaron dos saloncitos amueblados con agradable severidad y exquisito gusto.

Otro salón más amplio se destinó á los caballeros, para descanso. Se veía en éste un gigantesco espejo que cubría todo el fondo, llegando hasta el techo.

Por último, mencionaremos el departamento de guardarropa de caballeros. Tan bien arreglado como los otros aposentos; tan bien dispuesto como ellos y tan bien decorado contribuye á sentar más la fama y reputación de que con justicia goza el aristocrático Casino de Monterrey.



VISTA EXTERIOR DEL CASINO DE MONTERREY.

Es uno de los centros de sociedad más simpáticos y alegres. No sólo da las fiestas periódicas que el reglamento previene, sino que con pretextos mil, ingeniosamente buscados y aprovechados en conciencia por los jóvenes, menudean bailes y reuniones, extraordinarios. Y con frecuencia improvisan tertulias que no obstante ser preparadas en media hora, resultan magníficas por el número de concurrentes y el entusiasmo de todos ellos.

La sociedad de Monterrey es de las más alegres y dispuestas á divertirse. No la aherroja ese sentimiento levítico y triste que hace de las ciudades de provincia, conventos lóbregos desde que suena en las iglesias el toque de oración. El clima cálido favorece la vida bulliciosa que sale en tropel de las casas y los talleres para esparcirse en los parques y alamedas.

Durante el día todo es trabajo, trabajo absorbente como es el de las gentes que cuentan sus horas de

labor y no las disipan inútilmente, para ganar bien el temprano reposo; por la noche nadie piensa sino en divertirse, respirar el aire libre y espaciar el espíritu.

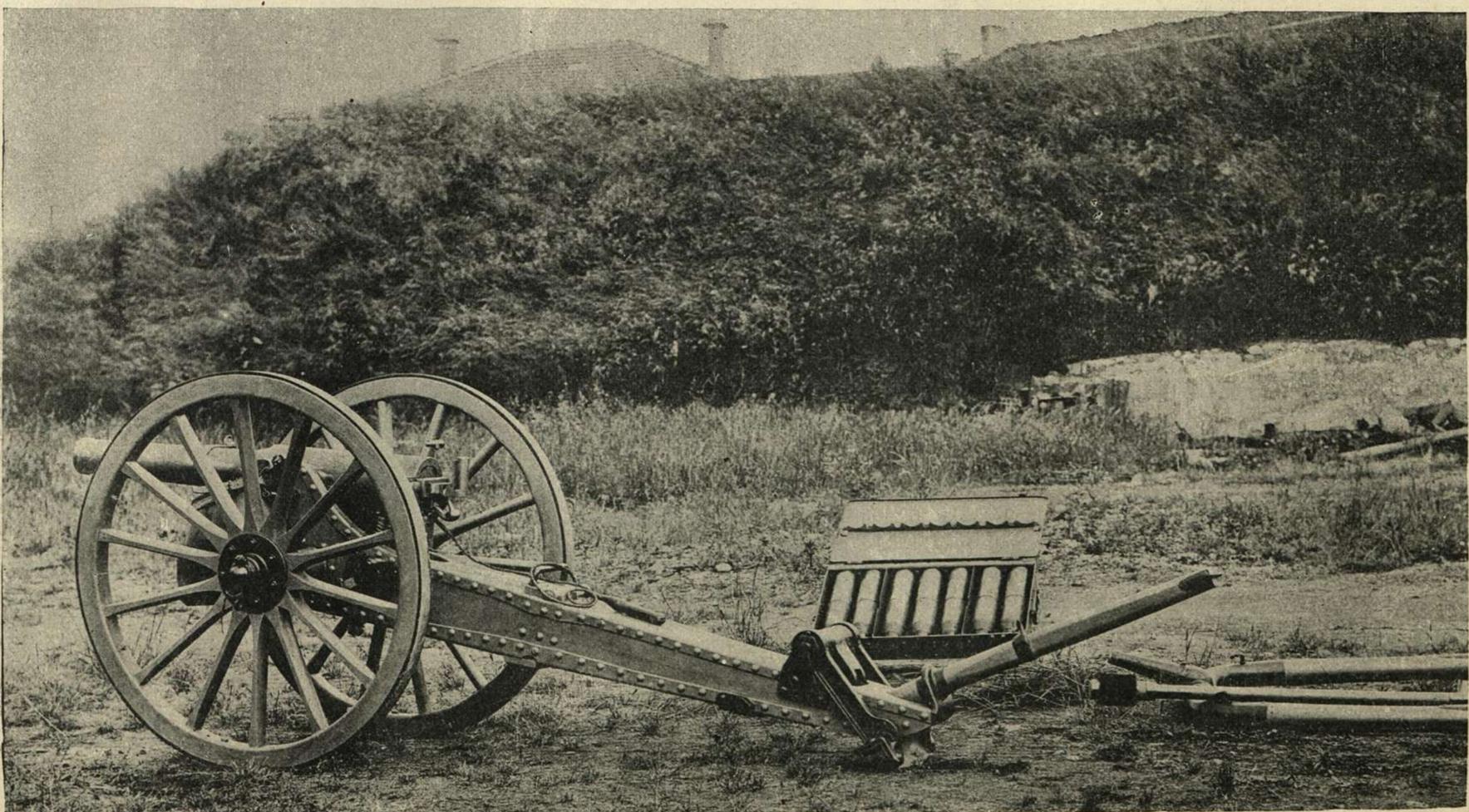
Los que se quedan en casa no buscan los rincones oscuros: abren puertas y ventanas, hacen sonar los pianos, reciben visitas.

Los miembros del Casino dan á su centro social el carácter que piden las condiciones de clima de la capital neoleonesa y como el edificio está situado cerca de la Plaza Principal, lugar á donde concurren dos veces por semana las familias regionmontanas, han conseguido que el Casino no sea como lo son casi todos los establecimientos de su clase, un centro para hombres, y sólo para hombres, fuera de las noches de reunión. De esta costumbre que tienen las damas de concurrir al Casino, nace la extraordinaria facilidad con que se improvisan fiestas y tertulias y conciertos.

El elemento extranjero ha hecho una transfusión

muy favorable al progreso de los hábitos de sociabilidad. Una sociedad consmopolita como la de Monterrey, es por naturaleza abierta y liberal con los no vecinados en la población, y como la gran masa de negocios de todo orden atrae diariamente forasteros á aquella ciudad, el resultado es que todos encantados con la acogida cariñosa que reciben, traban estrechas relaciones con los habitantes y forman un elemento, más bien dispuesto á darle brillo y movimiento á la vida de salón.

Las personas distinguidas de Monterrey viven diariamente en contacto con el mundo, pues han viajado, muchas de ellas recibieron su educación en el extranjero y todas procuran para el lugar de su residencia ese movimiento, esa transformación rápida que caracteriza á los países avanzados y cultos. No hacen, pues, derivar sus costumbres del sólo impulso de la tradición, sino que auxiliados por los residentes extranjeros, las ponen en consonancia con la época.



EL CAÑÓN MONDRAGON EN FRANCIA. (Vease el texto.)

Tristezas de año nuevo

UN INESPERADO.

El bullicio urbano llegaba hasta mi retiro de convallescente. Cohetes de colores lanzaban su puñado de abalorios fugitivos en la noche; gritos y cantos y exclamaciones en la calle se destacaban del sordo rumor de los peatones.

Allá, vidrieras iluminadas á *giorno* por las bujías de los candiles; allá el triángulo de lucecillas de un *árbol de Navidad* nuevamente encendido; en el aire frío de la noche, como roto collar de notas, un fragmento de vals triste y como respondiendo al canto de un gallo deslumbrado por la luna; súbito y jubiloso sonar de pitos, panderos y coros, en un patio populoso.

Y yo enfermo y triste esperando al año nuevo, ese infante salido de las decrepitas manos de Saturno, como quien espera la llegada del emisario portador de malas nuevas.



Mis amigos en sus hogares, al calor de la familia, mis parientes en lejano terruño, mis vecinos huyendo del domicilio vetusto, el mendigo ausente de su puerta favorita, ni uno á quien presentar la copa llena de vino y coronada de asfodelos para conjurar las desdichas por temer, más bien que para invocar las felicidades por venir.

Y miraba al campo de los cielos, inmutable y nunca monótono en la procesión de antorchas de los astros en negro circo..... á los cielos espléndidos como nunca, iluminados por una luna resplandeciente, blanca y velada Beatriz, discurrendo por un jardín de candidas azucenas; á los cielos tranquilos cuya suprema indiferencia contrastaba con la agitación terrestre de los que miden la vida por años bajo la mirada de un polvo de vía lactea que cuenta su infancia por millones de siglos.

Y púseme á leer viejas cartas y á contemplar viejos retratos, y á exhumar viejas flores, reliquias todas de viejos amoríos; como quien recoge las hojarascas de un árbol secular, para leer en cada tallo y en cada marchita corola un episodio de la última primavera.

Pero la vida puede medirse por años? ¿el río de la vida puede estimarse con los kilómetros del geógrafo? ¿el hilo de la vida se gradúa como la cuerda de un *cello*? ¿la cadena de la vida es de eslabones simétricos? Cuán viejo era en aquellos instantes, en plena juventud anatómica á semejanza del boyero de la leyenda á quien los dioses computaban su existencia más que por la duración por la intensidad de sus sensaciones, resultando decrepito al cumplir apenas los quince años con un solo amor griego sobre la conciencia.

Y me sentía tanto más solo cuanto más cansado, y volvía mi pensamiento á otros solitarios en esa noche de efusiones, de plegarias, de vaticinios y de ternuras.

Pensaba en el vigía, que en lo alto del mástil esplora la negrura de los mares soñando con los placeres de la orilla; en el galeote que cuenta con los dedos el

año menos para reconquistar su libertad, ya inepto para disfrutarla porque encaneció en el presidio; en el fraile para quien los tiempos son urdimbre sutil que el soplo de la muerte rompe como tela de araña y la clepsidra mundana muy pequeña para medir la perpetua bienandanza ó la condenación eterna; en el centinela transido de frío, á solas con su arma y á solas con sus remembranzas; en el médico atento á la agonia de un incurable; en el loco insomne que rumia el ritornelo de su obsesión; en el hijo pródigo que siente víboras en el alma y llanto en los ojos; en el viandante que se extravía en la selva oscura; en el desterrado que fallece de nostalgia; en el prófugo cuya pena mayor es no poder recitar como melódico verbo, el nombre de la madre, del hermano, de la amada, y pensaba en mí mismo, atendido á los cuidados mercenarios de una sirvienta que tenía nietos.

Sobre la mesa había flores, golosinas, copas y vinos..... tres bujías encendidas..... humeaba el thé..... y sobre el plato la excusa de mis invitados.

Y yo que había pensado un brindis! Yo que iba á decirles que en esa noche la Fortuna era cortesana tan deseada y tan solicitada que no podía complacer á todos; que Dios debía reír allá en lo alto de las brazadas de esperanzas de los buenos galeotes de la tierra; de los cantos triunfales de esta ergástula de dolores que se llama el mundo; de tantas promesas como se hacen copa en mano cuando quizá, invisible, detrás del orador, taciturna y fría, la muerte se sacude el manto negro que salpicó el champaña.

Iba á decirles que brindáramos siquiera por una tregua.

De la calle ascendió un lamento largo, como el quejido de un recién nacido..... un grito doloroso y patético como de alguien que pide auxilio ó implora el socorro de una madre.....

Me asomé: tiritando de frío, mirando á mis ventanas como un mendigo en espera de limosnas, un gato maullaba inconsolable.....

—Entra amigo mío, y súbito enternecimiento me hizo abrirle, llamarlo, como si fuese un peregrino en busca de hospedaje. Entra, no temas, ¡y cuán flaco y enfermo vienes! Entra, no tengas recelo, soy un amigo de los gatos. Me esconderé para que pases; eres un gato de la plebe; cómo te extrañan las alfombras, y el perfume de las rosas desbordando de los vasos de arcilla; y la luz intensa; y los cortinajes discretos; y el ambiente tibio hecho para la amorosa intimidad. ¡Pobre enfermo, vienes cubierto de fango, y herido, y agresivo como todos los hambrientos!

Sube á la mesa y toma lo que gustes: quizá prefieras la carne ordinaria, ó el gigote plebeyo y no te seduzcan los pistaches envueltos en azúcar cristalizada; ese jamón color de mirto; esos blondos pasteles de dorada costra; esa galantina irónicamente recamada de arabescos de grasa y pompones de seda; esas frutas brillantes como barnizadas con laca; esas gelatinas trémulas y diáfanas; come, eres mi amigo de esta noche.

El animal, primero, quiso huir y no lo tranquilizaron mis caricias, se refugió olfateando en el anaquel de una librería, saltó sobre un yeso, se paseó por el marco de un retrato de familia y por fin atraído por el *fumet* de un pastel de pollo, con todo el sibirismo de la raza la emprendió contra un alón que con mil preparativos y entrecerrando los ojos engulló lentamente.

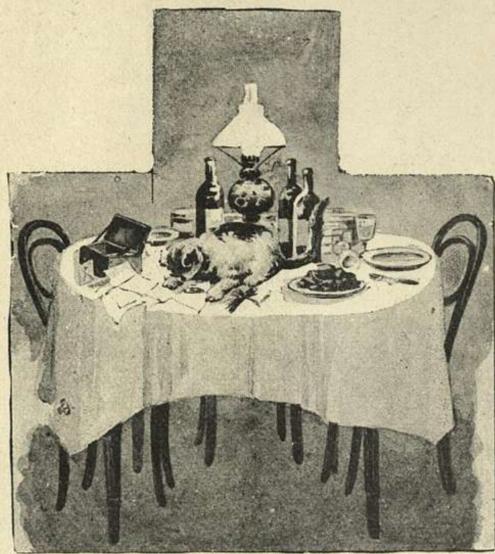
Después eligió lo que á bien tuvo sin que yo osara ni mirarlo de frente,—el gato es tan hiperestesiabile que *siente* una mirada—conformándome con seguir su cena reflejada en un espejo.

Nunca me he sentido tan caritativo, ni he palpado la voluptuosidad moral de una buena acción como en aquellos instantes.

He ahí que sus hermosos ojos cintilan como amatistas, que sus miembros se desentumecen; que su cola contenta asume la curvatura de un cuello de cisne, de una asa de ánfora, de una rama de lira, de un cayado episcopal ó se balancea á diestra y siniestra como el dedo velludo de un monstruoso troglodita diciendo *¡no!*

Encorvó la espina como una giba de camello, hincó las uñas en el mantel, se lamió la nariz y loco de contento y derribando copas, se puso á jugar *al asesinato refinado* con una nuez de Castilla.

¿Por qué á la vista de aquél dichoso, infeliz hacía



un cuarto de hora, ante aquel callejero que se me antojaba, vestido de negro pelaje, un poeta pobre; por qué al ver su facilidad de olvido, su admirable adaptación al medio y al momento presentes, una bocanada de clarividencias me hizo encontrar en su júbilo tantas explicaciones y parecidos?

Lo llamé y vino posándose en mis rodillas, pasándose como un pincel, su cola por la faz; soné una caja de música y aguzó el oído; le acerqué una rosa y huyó disgustado; sacudí los prismas del candelabro y engrifó las garras; le mostré una bombonera de coral en forma de cápsula y la hice rodar por el tapiz y se lanzó tras ella con la curiosidad femenina de su raza.

Igual á la mujer, idéntico á la Fortuna, deslumbrado por los brillanzones y prefiriendo al platillo succulento la nadería culinaria.

Valiente año nuevo aquel, y alegre, porque me sentía alegre en compañía de un irracional tan cómico y serio á la par que se me antojaba la metempsicosis de algún filósofo ó la materialización de un espíritu de buen humor dolido de mi soledad.....!

Cómo el voluptoso saltó al cajón abierto del bufete y barajó las amorosas cartas, cómo retozó con los listones y se frotó las narices en los bucles de cabello blondo y perfumado con ambar gris, de mi novia; cómo destrozó las flores secas y pareció interesarle, más que nada, un pañuelo de baile que arrugó y dejó volar como un harapo.

Y cansado al fin, arrellenóse en un cojín muelle y lo oí ronronear, y dormitó cerrando desconfiado un solo ojo.

Al diablo mis melancolías y mis afanes: aquel sibarita era un emblema de la Fortuna, del Acaso, de la Dicha, de todas esas fugitivas que suelen llamar á la puerta tiritando de frío y hambrientas; de las que buscan, á quien espera otra compañía; de las que no saben elegir entre el guiso burdo y la trufa patricia, de las que se deslumbran con la bujería brillante y huyen del aroma ducal de la rosa; de las que rompen cartas y huellan pañuelos de batista.

Al diablo mis melancolías ¿no es verdad gato negro? A tu salud. Al diablo mis tristezas en una noche... la última del año en cuyas dos horas postrimeras he aprendido más que en los meses restantes.

He aprendido que la Fortuna es como ese durmiente, y que bien puede brindarse á solas teniendo por anfitrión á un irracional.

—A tu salud, amigo mío, á quien adopto y á quien por la color llamaré «Dumas padre» y por el simbólico significado «El Acaso,» neurótico señor que gobierna á los humanos.

Adelcampo.
Micos

NOEL.

Cada pueblo, cada raza y cada época tienen sus conmemoraciones especiales, sus fiestas propias, sus regocijos peculiares; Grecia, el Gimnasio y el Teatro; Roma, el Circo y el Festín; la Edad Media, el Torneo y la Procesión; España, la corrida de toros; Francia, el café y los salones. En el uno, las festividades son cívicas, en el otro, religiosas, en el otro, sociales; pero hay una conmemoración, hay una fiesta universal, tradicional, que todos los hombres celebran, que todos los pueblos practican: el fin del año y el nacimiento de su sucesor.

Fiesta de ilusión y de esperanza. Tal parece al hombre que con el año que se vá, huyen todos los dolores, se disipan todos los desengaños; que con él quedan sepultadas todas las miserias y todos los desencantos; y tal le parece que con el año que viene renacerán todas las esperanzas, acudirán en tropel todas las dichas, se realizarán todos los ensueños. Fácilmente se admite que con el año de ayer queda cerrada la Caja de Pandora y que con el año de hoy se derramará sobre nuestras cabezas el Cuerno de la Abundancia. En el sudario del año que muere creemos dejar sepultadas para siempre todas nuestras amarguras, y registramos ávidamente la cuna del año que nace seguros de encontrar en ella todos los dones y todas las satisfacciones de la existencia.

Esta ilusión y esta esperanza celebramos con las más ardientes expansiones, con las ternuras más exquisitas, rodeados de todos los seres á quienes amamos y á quienes asociamos y creemos participantes de nuestra futura felicidad. La vida era, ayer aún, un nudo gordiano, apretado, inextricable, en que se enmarañaban los áridos problemas del interés, del porvenir, de la ambición no satisfecha, de la ilusión no realizada; todo el año anterior, toda la vida la habíamos pasado enredándolo por querer desatarlo, apretándolo por querer aflojarlo, mezclando en sus enortijadas cocas nuevos hilos que las complican sin encontrar el de Ariadna que ha de orientarnos en el laberinto y conducirnos á la salida franca, á las soluciones honorables, á los desenlaces triunfales; y el nudo, como una madeja de interrogaciones sin respuesta, resiste, se obstina, y no logramos desatarlo. Pero llega el año nuevo y juzgamos que porque un instante del tiempo se ha disipado, que porque un astro ha pasado por un punto ilusorio de una línea imaginaria, el nudo queda desecho y ovillado y que ya podremos seguros y tranquilos desenvolver el hilo de la existencia y seguirlo hasta el cabo sin tropiezos, sin esfuerzos, sin contratiempos como quien navega en mar tranquila con el faro á la vista.

Por eso los regocijos de año nuevo son universales y seculares, como son universales y seculares la ilusión y la esperanza y todos los pueblos los celebran y

conmemoran según su índole y su temperamento, pero sin dejar ninguno de detenerse en ese instante crítico y entonar un himno de bienvenida, una plegaria propiciatoria ó un hurra entusiasta al año que nace.

En los países tropicales, de cielo azul y astros cintilantes, de brisas tibias y perfumadas, los festejos son públicos y exteriores. Venecia hace deslizarse por sus mágicos canales las teorías de sus góndolas, resonantes de músicas y cantos; en Nápoles circulan por las calles grupos de poderosos cantores, bulliciosos, alegres, festivos, ebrios de vinos generosos y de esperanzas locas; en Roma se abren de par en par las puertas de los templos, resuenan bajo sus bóvedas los acordes plenos, prolongados y místicos de los órganos; voces de mujeres y voces de niños, voces de ángeles, entonan cantos escritos en el cielo; en Provenza se desenvuelven, en las arenas de los antiguos circos romanos, las serpentinadas ondulaciones de las farándolas que, al son del pífano y del tamboril, se anudan, se desacen, serpean y giran como anillos de vistosa culebra; en las plazas públicas se organizan bailes, bajo los balcones se improvisan serenatas; los astros chispean como ascuas, las brisas zumban como insectos, y la luna desde el cielo sonríe irónica ante tanta alegría que ha de convertirse después en dolor y alumbra, escéptica, tanto entusiasmo que ha de desenlazarse mañana con gemidos y lágrimas.

Pero son los países fríos, los pueblos del Norte, las regiones inclementes, de cielos helados y de brisas cortantes, los que han dado carácter especial y tipo peculiar á la conmemoración de año nuevo. Para ellos es una fiesta del hogar, de la familia, consagrada á la mujer, que es el sostén, y al niño, que es el encanto de la vida del hombre.

El cielo está nebuloso y obscuro; no luce un astro en el firmamento; la luna, aterida, se envuelve como en armiño, en densos nubarrones que absorben su claridad; los copos de nieve, blancas y pesadas mariposas, revolotean en el espacio; un soplo helado se desprende del polo, y arrasa y fustiga; los árboles, esqueletos envueltos en sudarios, tienden sus ramas deshojadas como miembros momificados. Afuera reinan la soledad y el silencio; nadie discurre por calles ni plazas; todo el mundo se encierra, busca el arrimo del hogar, el calor bienhechor de la familia. La festividad desarrolla sus pompas entre cuatro paredes, á puerta cerrada, sin más compañía que la familia y los íntimos; mas no por eso es menos expansiva, ni menos bulliciosa, ni menos brillante.

En el hogar arde un fuego chispeante y amoroso; el fuego, robado por Prometeo á los Dioses, el domador de la Naturaleza, la alegría y la fuerza del hombre; en el centro del salón, que pesados cortinajes tapizan y muebles confortables y serios decoran, el árbol, como una áscua de oro, resplandeciente con sus mil luces, de cuyas ramas penden como frutos madu-

ros, las chucherías afiligranadas, los juguetes vistosos, los encintados paquetes de apetitosas golosinas. Luego, la mesa del festín, suntuosa, con su vajilla de porcelana antigua, su cristalería, fina como un encaje y resplandeciente como una joya; la blanquísima mantelería; el cubierto de plata cincelada; los pesados candelabros que elevan en sus brazos contorneados las bujías coronadas de luz.

En un momento dado se abren las puertas y la turba bulliciosa de los niños, blancos, rubios, resplandecientes de limpieza, de salud y de vida, se precipita, gritando y cantando al árbol. El jefe de la casa, oficio de pontifical; ese hombre venerable que ha vivido y sufrido, que ha luchado y triunfado, preside á la distribución; con paternal ternura distribuye á ésta el rollo vigoroso, moquetado, ricamente ataviado en el que hará sus primeros ensayos de madre y que le presagia una vigorosa fecundidad; á aquel el casco y la coraza, el sable y el caballo de guerra, símbolos de su papel de luchador en la vida; á los pequeñuelos, sonajas y dulces, á las jovencitas chucherías de tocador, á la esposa, el bracelete cuajado de esmeraldas verdes como la esperanza y de diamantes lípidos como la virtud.

Luego, en la mesa, á la hora del banquete, ceremoniosa y gravemente, parte y distribuye el pan como para que nadie olvide quién lo trabaja y quién lo lleva á la casa y en el momento de la suprema transición, á las doce de la noche, se levanta y pronuncia el brindis de bienvenida al año nuevo, brindis que es á la vez una plegaria y un himno, solemne y sentido, en el que asocia á todos los suyos en un ferviente voto de felicidad.

Aquello es á la vez tierno y augusto, severo y dulce, patético y alegre. Esas gentes comprenden la vida no como una fiesta sino como una lucha; en los momentos de mayor y más libre expansión, se moderan y refrenan, aleccionan y aconsejan y encuentran el hilo de nuestra siempre enredada madeja en la línea recta del deber aceptado y cumplido.

Nosotros, latinos y tropicales, les hemos plagiado el árbol y el festín de familia; pero nuestra Noel, necesita, para parecerse al suyo del cielo nebuloso, de la blanca nieve, de la brisa helada, de los hábitos de vida interior y de los instintos de hogar y de familia propios de aquellos climas y de aquellas razas.

Dr. M. P. P.

SENSACIONES DE VIAJE.

C A I N .

(Lienzo de Fernando Cormon.—Museo de Luxemburgo.)

A Carlos Pereyra.

Es una tela trágica, evocadora, con toda la pavorosa miseria de la tribu maldita y toda la bíblica cólera del Dios implacable.

Ante ella se experimenta una sensación dura y angustiosa de realidad y de pesadilla. Esos cuerpos, con los delirantes ojos hundidos, las cabelleras erizadas ó lacias, las bocas amargas y lamentables, los torsos quemados y heridos, las piernas en la tensión suprema del último desesperado esfuerzo, viven! viven!... parece que se escucha el ritmo jadeante y cansado de su fuga en los arenales inclementes... Viven ¿ó son fantasmas que surgen en nosotros de las profundidades, de los límites nublados, indecisos, perdidos, en que se mueven esos vaguísimos recuerdos de otra edad que apenas empiezan á tomar forma se desbaratan? son nuestros antepasados que abren silenciosos sus fosas en esas lejanías de la conciencia y pasan como rápidas halucinaciones por nuestro espíritu? Y las halucinaciones no son acaso realidades? Hay alguna fibra en mí ser que resistiendo el tiempo me liga á ellos? alguna gota de su sangre circula en mis venas? alguno de sus dolores grita con mis dolores? alguna de sus esperanzas canta con mis esperanzas?... Entonces no han muerto! entonces viven porque vivo yo —oh los infelices!—entonces siguen su peregrinación secular con mi peregrinación angustiosa, con la angustiosa peregrinación de todos, por siempre, eternamente, dejando en los zarzales, bajo el inexorable destino, fé, amor, ideal, poesía, con el ritmo jadeante y cansado de la fuga en los arenales inclementes.....

Allá vá la caravana de réprobos, conducida por la figura fatídica de Caín: hombres, mujeres, niños, bestias, andrajos de pieles hirsutas y girones de carnes desgarradas, picas de exterminio y hachas de venganza, huyendo, arrastrada por los huracanes de Jeovah



omnipotente y fulgurante! Y esta caravana de réprobos es toda la civilización: de esta familia infame nacerán guerreros, poetas y mártires.—Pasa por el espíritu el pánico inmenso de las primeras edades de hambre y de dolor, el pánico que sopla muerte sobre los desiertos caldeados bajo los cielos rojos, entre el ruido de las fieras flacas y ávidas y la blasfemia de los hombres velludos y delincuentes. Leer una página del formidable libro santo de Israel y contemplar el cuadro de Cormon, es la misma cosa: la

voz del Eterno rueda sus anatemas en las mismas bóvedas negras del cielo, despedazadas por los aletazos bravos y lívidos del relámpago; y en los confines, sobre las mordentes peñas y sobre las puntas delumbre de los arenales, galopan los grupos humanos latigados por el castigo, regando en los siglos enloquecidos la sangre y el dolor que han dado á la historia Trofeos de clavos exterminadoras, de carros triunfales, de estatuas de mármol votivo, de laureles de bronce heroico, de púrpuras sangrientas como banderas y como ultrajes, de cimeras flamantes como el incendio y la gloria, de lirras rotas que aún vibran sus iámbicos proféticos, de lenguas cortadas, que aún gritan sus cláusulas de justicia, y de corazones arrancados que aún laten virtud y esperanza, derramando sobre la conciencia el agua lustral de las fuentes siempre vivas del amor y del perdón!

Viejo Caín! desventurado padre de las infamias humanas! conciencia castigada, que despeñándose de edad en edad y de expiación en expiación ha llegado hasta nosotros para que la arrojemos, con nueva marca de cóleras, sobre las incertidumbres del porvenir, sin haber encontrado el Dios bueno, piadoso, exorable, que hubiera lavado su pecado con sólo una lágrima de mujer, con sólo un beso de amor!

Oh sangre de Abel, hasta cuando callará tu clamor de venganza!.....

París, 1898.

JESUS URUETA.

NUESTRA ULTIMA CENA.

Como Inés y yo habíamos resuelto separarnos el día último de Diciembre en virtud de que nuestro amor se moría de anemia, nos pareció delicado y significativo despedirnos para siempre después de una cena, íntima y fraternal como los viejos ágapes cristianos, á los postres de la cual, tras un sorbo de champaña, entraríamos en pleno año nuevo, llevando cada uno un fardo diverso de quimeras que deshojar.

Inés hacía ya anticipos de condescendencia á un Teniente de artilleros, y en cuanto á mí, saboreaba de antemano la voluptuosidad de desesperarme de amar, la dicha de una próxima y perfecta aptitud para hacer de mi capa un sayo y de mi corazón un bloque ó una esponja según conviniera á mis proyectos.

No me sería fácil olvidar el tibio y perfumado gabinetito de un restaurant elegante; todo adornado de flores, y en cuyo centro, como un extraño ramillete de cristales, pastas, frutas y vinos policromos, se levantaba la mesita destinada al último festín.



De Plateros y San Francisco nos llegaban el ruido sordo y monofónico de algún carruaje, el grito tiritante del papelerero, y un rumor entrecortado como el run-run de un gran gato negro que se duerme....

El frío se asomaba aleteando á las vidrieras á hacerse cargo del íntimo calor que reinaba en la estancia é íbase luego despechado á gemir su hu-lu-lu-ú gutural á las torres de la Profesa.

Mi primero y único brindis, á raíz de una galantina rociada de champaña y epilogada de café negro, fué el siguiente, que Inés aprobó en todas sus partes: «Brindo por nuestra deliberada separación; por los besos de ayer que fueron sabrosos y por los besos de mañana que serán como Dios quiera; por la cordialidad de nuestros futuros encuentros que me permito esperar tendrán el carácter de fortuitos, y por la buena inteligencia entre el Teniente y tú, amiga mía.»

Como ya no nos quedaba que hacer después de un *oast* tan explícito y como, por otra parte, Inés tenía os menores deseos del mundo de dejar el comfort de

nuestro *tête-à-tête* por el frío siberiano de la calle, donde aún no la esperaba el uniforme, resolvimos rimar á dúo los inevitables *te acuerdas?* que salen á encaminarnos hasta las fronteras de los viejos cariños.

—Tu eras muy interesante,» me dijo Inés entre dos sorbos de café; y atendiendo á que el pretérito imperfecto de que empezaba á hacer uso, tenía cierto *chic*, ó *smart* como se dice ahora, lo adopté desde luego, replicando:

—Por tu parte eras adorable.

—Recuerdo que había perpétuamente en tu rostro una expresión de fatiga moral, de desencanto mundano, que te favorecía demasiado.

—En cuanto á tí, mirabas de un modo extraño y encantador, Inés, sabías encender admirablemente toda la pirotecnica de tus ojos. ¿Por qué ya no miras así?

—Qué quieres, las miradas se usan como los trajes. Y tú, por qué has vulgarizado ese gesto?

—Por la misma razón.... Me parece recordar también que te vestías mejor que ahora.

—Es posible; tú en cambio tenías muy buen gusto para elegirme telas.

—Sí, por cierto que te agradaban los colores mortecinos, mitigados, mate.... Entonces usabas frecuentemente boleros y comías castañas cubiertas, de la *Torre Eiffel*.

—De veras que sí. Te acuerdas cuántas castañas nos partimos con la boca?

—Te diré, no veo la utilidad de recordarlo.... fueron muchas.

—Muchas,—repitió ella pensativa, arreglándose distraidamente un ricitto que caía como hacecillo de oro sobre el pétalo rosado de una de sus orejas,—muchas fueron; y con la incoherencia aparente de las ideas asociadas, que se van enhebrando dentro con hilillos de luz, observó convencida:

—No se puede negar que has tenido siempre buen gusto para las cenas.

—Sé que el Teniente es un sibarita,» afirmé para tranquilizarla.

—Quiéres un poco de crema después de tu café?» —añadí.

—Vaya, la tomaré.... Hoy hace justamente un año de aquella excursión romántica á Chapultepec, á la luz de la luna y con mucho frío; tú cantabas algo de la *Bohemia*.... Me parece que tenías entonces una voz muy bien timbrada; por qué se te ha vuelto áspera?

—El cigarro probablemente, hija..... Por lo que ve á los nocturnos con que poetizabas nuestras veladitas.... eran bellos, verdad? Sólo que se han vulgarizado mucho; me atrevería á afirmar que he oído alguno en un *cilindro*.

—No es difícil, respondió vagamente Inés, al parecer entretenida en contar los florones del tapiz. Sabes que conservo lindos versos tuyos? Hace tiempo que no versificas.

—Hace tiempo que no sueño.

—Ya es tarde,» exclamó de pronto, después de con-



sultar el relojito que llevaba en la muñeca, ornando una pulsera.

—Es cierto, hemos conversado con regulares intervalos.

—Si nos despidiésemos....

—No me parece mal.... Quiéres darme el último beso?

—Por qué no!

Y acercó negligentemente sus labios á los míos, juntándolos en un beso sin eco, incoloro, como el de dos amigas íntimas que no se quieren.

Algo que podría llamarse la sombra de un viejo calor y de un viejo perfume pasó entre nuestros rostros; algo que era como la última molécula de una esencia amiga, que se evapora; mas fué tan furtivo, tan efímero, tan leve, que apenas nos dimos cuenta de ello.

—Feliz año nuevo, Inés.

—Feliz año nuevo, Carlos.

Me acuerdo aún del gesto cordial de su mano al trasponer la puerta del restaurant para diluirse como una sombra en la sombra exterior.

—Feliz año nuevo!

Torné al saloncito y encendí el postrer cigarro de Diciembre, pensando entre humo y humo:

—Y con quién cenaré yo mañana?

AMADO NERVO.

JUSTO SIERRA.

II

Entre la turba marcha la heroína
como va en el turbión la flor inerte,
besa la cruz, estática, y su suerte
acepta sin temblar, con fe divina.

Como la de la estrella matutina
en los rayos del sol, así es su muerte;
la llama sube hasta la virgen fuerte
y la consume á un tiempo y la ilumina.

El viento esparce sus cenizas luego,
y en la sangre del pueblo, nunca en calma,
las reenciende en átomos de fuego;

comulga en esa hostia Francia entera,
y de todas las almas, nace una alma:
la Patria ¡oh Juana! el Fenix de tu hoguera.

MARGENES DE LA HISTORIA

JUANA D'ARC.

I

Suspende la pastora su balada....
Oye de su Lorena en los rumores
la voz de sus celestes protectores;
Salva,—dicen—á Francia con la espada.

Túrbase, llora.... y va de su fe armada;
despierta al rey y manda á los señores....
Ya combate.... ya triunfa.... Entre loores
unge al rey. Está su obra terminada.

¿Qué, entre esa pompa, la pastora piensa?
¿Qué es aquella apoteosis transitoria?
No le importa, entrevé la recompensa:

Siente el beso de Francia ante la historia.
Un beso dado con pasión inmensa
á la flor de su sangre y de su gloria.

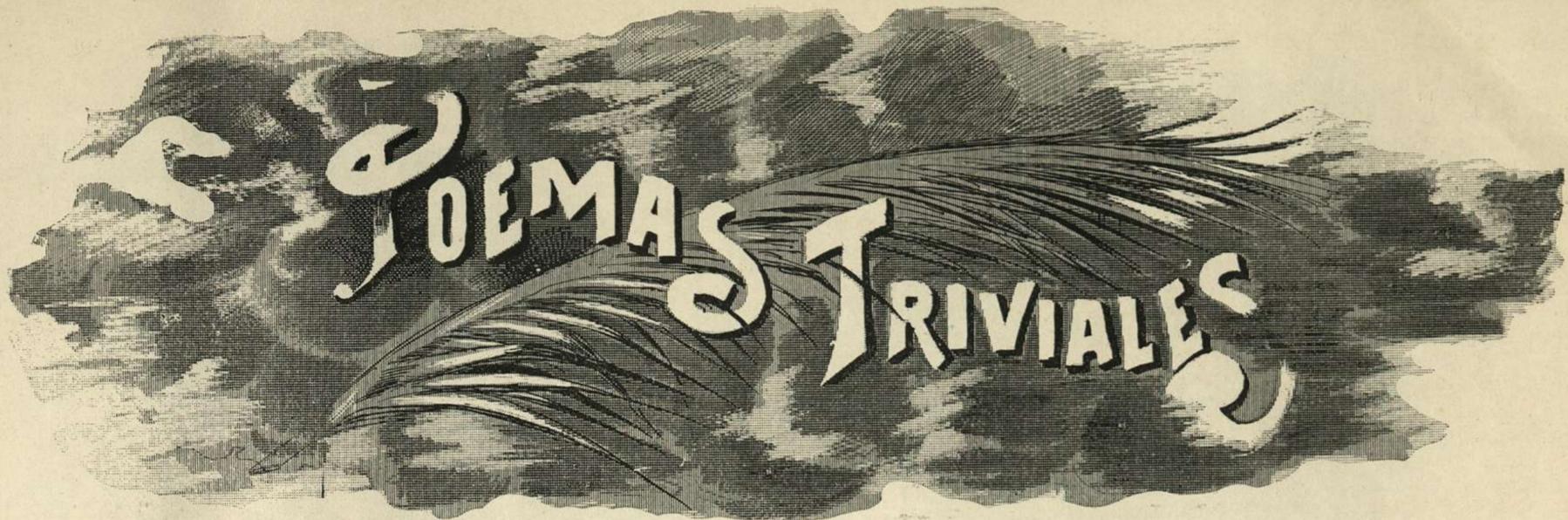
HOJA DE ALBUM.

El niño llega á la apartada roca
ahuyenta al ave cuyo nido arranca,
y estalla al punto su purpúrea boca
en adorable risa, limpia y franca.

Sangra en sus manos puras el polluelo,
brizna á brizna destroza el tibio nido,
y el asesino encantador, al cielo
vuelve los ojos de contento henchido.—

Y qué importa una roca despojada,
un ave sin su nido y su cariño?
vale más la argentina carcajada,
que en resonantes perlas lanza el niño.

Llega un día—tal es la humana historia—
de duelo y de pasión. Entonces, ¿es cierto?
La imágen resucita en la memoria
del nido roto y del polluelo muerto.



EL GRAN CRIMEN.

(DRAMA PSIQUICO)

Para Amado Nervo.

I

Era una virgen misteriosa y pía:
en un suspiro la engendró el anhelo
de bondad y de amor que sentí un día
en que me puse á contemplar el cielo.

II

En pleno Abril mi alma: linfas puras,
flores abiertas, esplendor y aroma;
el aire azul manchado de blancuras:
polvo de lirios y alas de paloma.
¡Jardines luminosos y floridos!
¡Luxemburgo de mi alma! ¡Encantadores
parques, llenos de pájaros, de nidos,
de músicas, de luces y de flores!
¡Divinos plenilunios! ¡Días de oro!
¡Serenatas de amor, cantos risueños,
esquife de ilusiones, dulce coro,
sobre el dormido lago de los sueños!
¡Oh Primavera!...

III

Pía y misteriosa
la virgen de mi alma recorría
el Luxemburgo; el pájaro y la rosa
le hablaban: eres misteriosa y pía.

Por todas partes, al pasar, su breve
chapín dejaba luminosos rastros,
y el brillo de su túnica de nieve
bordada con aljófares de astros.

Era una reina sin cortejo, sola...
Y diademaba su gentil cabeza
—en éxtasis perenne— la aureola
de una inmortal y plácida tristeza.

No oía la virgen: era grave;
mas por su austera faz immaculada,
pasaba, melancólico y suave,
el resplandor de una sonrisa alada.

Yo amaba á aquella blonda criatura,
y rogábale:—«Ven, que quiero verte;
dime la celestial buena ventura;
háblame de la vida y de la muerte.»

Y ella cantaba:—«Enamorado mío,
«vuelve hacia mí tu espíritu sereno;
«dame la mano, que si yo te guío
«no dejarás de ser feliz y bueno.

«Deja el vano temor que te posee;
«ama, entre más la ingratitud te hiera;
«cuando la duda te amenace, cree;
«cuando te agobie el infortunio, espera.
«No hay más que luz y amor: el mal no existe.
«¿Por qué, cuando en él piensas, te intimida?
«¿Sabes lo que es el odio? Es amor triste...
«¿Sabes lo que es la sombra? Luz dormida...»

«Nada se muere; nada se consume;
«todo marca, á su paso, inmortal huella;
«el alma de la rosa es el perfume,
«la claridad el alma de la estrella.

«Asciende, ascende más; en tí confío,
«mira; tras el azul, hondo y sereno,
«hay una Gran Ternura, amado mío,
«que crea lo que es bello y lo que es bueno.

«La vida es ascensión perpetua. Toma
«mi mano, y ven; te llevaré á la altura
«donde está lo que brilla y lo que aroma,
«lo que jamás se extingue y siempre dura.»

Al oír esas cosas inefables
yo le decía:—«Cumple tus empeños;
«háblame más, ansío que me hables,
«arrúllame en la cuna de tus sueños.»

IV

¡Traición!... Por fuera del jardín florido
lleno de orlas de luz, vívida y flava,
acechando en redor, como un bandido,
el Mal huroneaba, huroneaba...

Delante de mis núbiles pasiones
cruzaban, ostentando sus arreos,
la turba de las locas tentaciones
y la áurea procesión de los deseos.

Y por entre la malla de las frondas,
rompiendo las serenas soledades,

aparecían fugitivas rondas
y séquitos alegres de maldades.

Y en el soplo fragante de las brisas
llegaban, tentadores y traviesos,
la jocunda fanfarria de las risas
y el chasquido crispante de los besos.

V

... ¿Cómo fué?.. Es un misterio, es un terrible
enigma de mi sér. Cedí al influjo
de la obsesión tenaz; una invencible
curiosidad perversa me sedujo.

... Noche oscura... Yo ví cuál acechaban
firmes, fosforescentes y tranquilas,
como ígneos carbunclos que incrustaban
en ónix de la sombra, las pupilas.

Por mí lucían... ¿Qué nublado obscuro
apagó las estrellas? ¿Qué espantosa
soledad me cercó? ¿Qué filtro impuro
durmió á la virgen pía y misteriosa?

Por mí venían...—«Abrenos sin miedo
«el jardín de tu alma; torna el llanto
«en risa.» Y gritó el Mal: Todo lo puedo
Y el Placer exclamó: Todo lo encanto.

Venciendo, entonces, mi terror constante,
abrí, de par en par, mi alma florida;
me preguntaron:—«¿Dónde está tu amante?»
Y yo les dije:—«Entrad; está dormida.»

Redobló la Locura sus timbales,
y empezaron los rudos ejercicios,
y los juegos ruidosos y sensuales
de los sátiros jóvenes: los vicios.

VI

¡Y comenzó el festín! Entre fééricas
luces, danzas de ninfas y silenos,
y gritos de píerides histéricas
entre cantares lúbricos y obscenos.

El vino de mi sangre fué su vino,
mi carne, el pan; y en sus ardientes goces
para siempre turbaron el divino
silencio de mi alma con sus voces.

Y se acercaron á vencerme.

—«¡Oh triste!

«Una lágrima tiembla en tu pestaña;
«aún lloras ¿y por qué? Si el bien no existe;
«tu amante es una ilusa que te engaña.

«Sibila torpe y falsa! No le creas
«que el odio es un amor, y luz dormida
«la sombra; no tendrás lo que deseas;
«no te darán la tierra prometida.

«Deja á la mentirosa que te ofusca;
«en el cielo, ya claro ó ya sombrío
«clava tu pensamiento; busca, busca,
«no encontrarás á Dios; está vacío.

«El cielo está vacío: arranca el fútil
«tema de tu conciencia, y cese el ruego;
«mira: la Creación es la obra inútil
«de un Acaso cruel, maligno y ciego.

«Mientras el árbol de la vida encorve
«su gran ramaje, y al placer te incite,
«el zumo dulce de la dicha sorbe
«antes de que la fruta se marchite.

«Todo á vivir en el placer te invita:
«la fragancia, el sonido y el destello;
«deslía tu existencia en la exquisita
«sensación voluptuosa de lo bello.

«Ten valor, y haz que huyan tus dolores;
«he aquí como el problema se resuelve:
«la carne volverá deshecha en flores;
«el soplo que la anima, ya no vuelve.

«Roba el placer donde lo halles; gasta
«tu juventud fastuosamente; toma
«el amor á la vida, que te basta
«subir la mano y alcanzar la poma.

«Tu dolor es estéril. Bah!... Divierte
«de la existencia el infecundo enredo;
«y así disponte á recibir la muerte;
«sin esperanza, mas también sin miedo.

«¿Por qué yaces atónito y oculto?

«Mueve tu pie y empolva tu sandalia;
«álzate y ven!...»

Y me cercó en tumulto,
risueña y bulliciosa, la faunalia.

VII

¡Oh pobre virgen misteriosa y pía!
cuántas veces, tocándome en el pecho,
aún puedes ser dichoso, me decía:
¿no me amas? ¿te vas? ¿pues qué te he hecho?

Pero mis nuevos camaradas: «Tarde
«—exclamaron—te llama; viene en una
«hora fatal. ¡Aprisa! ¿Eres cobarde?
«arrójala de aquí; nos importuna.

«Ven con nosotros—le propuse;—mirá»
«la fe se pierde y los ensueños huyen;»
«Soy feliz—contestó—con mi mentira;»
«si con ellos me voy, me prostituyen.»

Hasta que al fin, rendido de la lucha,
el Mal me aconsejó: Vamos! Desata
el nudo que te liga al Bien; escucha;
es forzoso matar á la insensata.

Yo, vacilando, supliqué: Perdona
su delirio y su amor. ¿Oyes? me grita;
su voz me hace soñar y me emociona;
me ha consolado mucho. ¡Pobrecita!

VIII

Cedí muy lentamente. Y de la mesa,
de la orgía, entre himnos y entre danzas,
se alzaron á exigirme mi promesa,
iracundas bacantes, las venganzas.

Y fuimos todos: me aturdió el bullicio
y le ví perecer. Ingrato y necio,
yo contemplé impasible el sacrificio
con sonrisa de burla y de desprecio.

Cuando sintió la virgen el aleve
golpe, inclinó la faz triste y radiosa,
y se empapó su túnica de nieve
en púrpura de sangre luminosa.

Ya, casi muerta, suspiró: «Sombrío
está tu porvenir: ¡qué infame dolo!
Yo siento que me maten, amor mío,
no por morir, porque te dejo solo.»

¡Oh qué martirio el suyo! qué agonía!
no cesó de rogar... «Cree en el cielo!...»
Era una virgen misteriosa y pía,
en un suspiro la engendró mi anhelo.

... Redobló la locura sus timbales
y siguieron los rudos ejercicios
y los juegos ruidosos y sensuales
de los sátiros jóvenes: los vicios....

IX

Marchita está mi alma. En el callado
ambiente ruedan dolorosos ecos,
y tapizan el parque abandonado
estatuas rotas y ramajes secos.

Alguna vez dolientes carcajadas
sacuden el silencio, hondo y tranquilo:
son las bacantes, ebrias y cansadas,
que van en busca de quietud y asilo.

Alguna vez las flautas tocan flébiles
aires, y alzan rumor trotes cansados:
unos sátiros son, viejos y débiles
que pasan con los tíros marchitados.

XI

Aún el sombrío Luxemburgo habitas
¡oh Mal, Genio implacable! Aún te coronas
con mis flores ya mustias y marchitas,
aún el jardín de mi alma no abandonas.

Oh Mal! Llenas de horror bajan la frente,
y se ponen, al ver tus impurezas,
á levantar plegarias por la ausente,
cual taciturnas monjas, mis tristezas.

Oh Mal! al verte mis recuerdos, gimen,
y claman sin cesar:—«Olvido!... Olvido!...»

XI

Esta es la historia auténtica del crimen
que en el mundo de mi alma has cometido.

LUIS G. URBINA.



TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 1.

I

En el fondo, muy en el fondo de sus recuerdos, veíase Amadeo Violette un hombrecito peinado á *lo hijo de Eduardo*, asomado á un balcón de un piso quinto, adornado de bolúbilis floridos: balcón que le parecía muy grande por ser él tan pequeño. Habíanle regalado con motivo de su san-



to ó de su cumpleaños una caja de pinturas para acuarela, y tendido boca abajo sobre una vieja alfombra, apasionadamente atento, y humedeciendo de vez en cuando su pincel con los labios, iluminaba los grabados de un tono descabado del *Almacén Pintoresco*. En la habitación contigua á la de sus padres, cuyos vecinos tenían derecho á disfrutar de la mitad del balcón, tocaban al piano un vals de Marceilhau, titulado *Indiana*, por entonces muy de moda. Todo hombre nacido alrededor del año de 1845 que no sienta humedecerse sus ojos de lágrimas nostálgicas hojeando un antiguo volumen del *Almacén Pintoresco* ó oyendo en un piano desafinado destrozarse el *Indiana* de Marceilhau, da prueba de muy poca sensibilidad.

Cuando el niño, cansado de iluminar las *carne*s de los rostros y de las manos de todos los personajes de las estampas, se levantaba y se ponía á mirar por entre los hierros del balcón, veía extenderse á derecha é izquierda, en una curva graciosa, la calle de Nuestra Señora de los Cam-

pos, una de las más tranquilas del barrio del Luxemburgo; calle á medio edificar, en donde las ramas de los árboles sobresalían sobre las cercas de madera de los jardines; tan tranquila y silenciosa que el transeunte solitario oía cantar á los pájaros enjaulados.

Esto acontecía en Septiembre, después del medio día, con unos horizontes extensos y puros, en los que se deslizaban con majestuosa lentitud grandes nubes, parecidas á montañas de plata.

De repente llamábale una voz dulce:

—Amadeo, tu padre va á volver de su oficina. Es necesario, niño mío, que te laves las manos para sentarte á la mesa.

Y su madre venía á buscarle al balcón.

¡Su madre, á quien había conocido tan poco! Le era preciso hacer un esfuerzo para evocarla entre la bruma de sus recuerdos; humilde y linda, pálida, con encantadores ojos azules, con la cabeza siempre inclinada hacia un lado, como si le pesaran sus admirables cabellos castaños, y sonriendo con esa sonrisa cansada y dolorosa, peculiar á los que tienen sus días contados.

Ella arreglaba el traje á su hijo, y le besaba en la frente después de haberle peinado. Luego ella misma ponía la mesa para comer, adornándola con algunas flores colocadas en un bonito vaso.

Entonces llegaba el padre de Amadeo, que no era por cierto ni perezoso ni exigente, y se esforzaba para presentarse alegre en su casa. Levantaba á su niño en alto, muy en alto, antes de besarle, exclamando: ¡Aupa!; y luego besaba en los ojos á su joven esposa, estrechándola contra su pecho más de un minuto, y le preguntaba con inquieto interés:

—Hoy no habrás tosido?

Ella contestaba siempre:

—No, muy poco,—pero bajando la cabeza como los niños que mienten.

El padre entonces se ponía su levita vieja,—si bien la que acababa de quitarse no era tampoco muy nueva,—y sentaba á Amadeo en su silla alta. La madre volvía de la cocina trayendo la sopera, y su marido después de haber desdoblado la servilleta, se echaba detrás de la oreja el rebelde mechón de pelo del lado derecho, que le caía siempre sobre los ojos.

—Esta tarde hace mucho aire: ten cuidado con el balcón, Lucía; ponte un pañuelo,—decía M. Violette, mientras su mujer vertía el resto de una botella de agua en el tiesto de capuchinas.

—No, Pablo, te aseguro que no hace aire,—decía ella;—baja á Amadeo de la silla, y venid al balcón mientras se enfría la sopa.

Hacía fresco en la elevada terraza. El sol se había ocultado. Las grandes nubes parecían entonces montañas de oro, y un agradable olor á verdura subía de los jardines cercanos.





tomando el fresco en el balcón, bajo el firmamento lleno de constelaciones, constituían los más lejanos recuerdos de Amadeo. Luego, abría en su memoria una laguna, como si fuera un libro del que se arrancan bastantes hojas, y sólo se acordaba de sus días sombríos.

Había llegado el invierno, ya no se asomaban al balcón, y sólo se veía un cielo plomizo á través de las ventanas cerradas. La madre de Amadeo estaba enferma y permanecía siempre en cama, mientras que él sentado al lado, delante de una mesita, se ocupaba en recortar con unas tijeras todos los húsares de una página de Epinal; y casi le asustaba su madre apoyada con el codo sobre las almohadas, hundiendo en sus hermosos cabellos en desorden su mano flaca y crispada, señalándosela en las delgadas mejillas dos pequeñas manchas difuminadas de sombra y mirándole triste y fijamente.

Ya no venía ella como anteriormente á levantarle por la mañana de la cama, sino una vieja asistenta, en jubón blanco, que no le besaba y que infestaba el cuarto de olor á rapé.

Su padre tampoco le hacía caso cuando volvía por la tarde, trayendo siempre frasquitos y paquetes de la botica. Algunas veces le acompañaba el médico, señor grueso y muy compuesto y perfumado, que jadeaba de cansancio por haber subido hasta un piso quinto. En una ocasión Amadeo había

visto á este señor tomar en brazos á su madre sentada en la cama, y permanecer largo tiempo con la cabeza inclinada junto á la espalda de la enferma; por cierto que el niño había preguntado: «Mamá, ¿para qué haces eso?»

M. Violette, más nervioso que nunca, y echándose detrás de la oreja su mechón rebelde, acompañaba al médico hasta la puerta, deteniéndose á hablar con él. Amadeo, llamado por su madre, saltaba á la cama: ella fijaba en él sus ojos brillantes y le estrechaba contra su pecho apasionadamente, diciéndole con acento doloroso:

—¡Amadeito! ¡Mi pobre Amadeito!—Como si se compadeciera de él. ¿Por qué?

Su padre volvía á entrar en el cuarto, sonriendo forzosamente, de un modo que hacía daño.

—Y bien: ¿qué dice el doctor?

—Nada, nada: Estás mucho mejor. Sólo que, mi pobre Lucía, va á ser necesario ponerte esta noche otro vejigatorio.

¡Oh, qué lentos y monótonos pasan los días para Amadeito, al lado de la cama de la enferma fallecida, en aquel cuarto cerrado que huele á botica, en donde sólo entra de vez en cuando la vieja asistenta que toma polvo de tabaco, para traer una taza de tisana y poner carbón de piedra en la chimenea!

Alguna vez la vecina señora Gerard viene á ver á la enferma, y la pregunta cómo está.

—Siempre la misma debilidad, mi buena señora. ¡Ah! Empiezo á desalentarme,—contesta la enferma.

La señora Gerard, la gordinflona de ojos alegres, no halla motivo para este desaliento.

—¡Qué quiere usted, señora Violette,—dice,—consiste en este maldito invierno que no acaba nunca! Pero pronto estaremos en Marzo: ya se ven macetas de flores en las carretillas de los vendedores. Está usted segura de que se mejorará con el primer rayo de sol caliente. . . Si usted quiere, llevaré á Amadeo á jugar con mis niñas. . . esto distraerá al pobrecillo.

Y en efecto, todas las tardes la buena vecina se lleva al niño, que se divierte mucho en casa de la familia Gerard. La habitación que ocupa ésta sólo se compone de cuatro piececitas, pero está adornada de pintorescos muebles antiguos, con grabados, molduras y diseños hechos en las paredes por los compañeros del grabador. Las puertas, siempre abiertas, permiten jugar y correr á los niños, que se persiguen de una en otra pieza, trastornándolo todo. En la sala, transformada en taller, está el artista sentado en un taburete, con el punzón en la mano; y la luz, que penetra por la ventana abierta, atenuada por un transparente, hace relucir la cabeza del buen hombre, inclinado sobre la mesa. Trabaja todo el día: ya se ve, una familia que sostener y dos hijas que educar pesan mucho; de modo que, no obstante sus opiniones avanzadas, continúa grabando su príncipe Luis, un farsante que va á escamotear la

República. Dos ó tres veces, á lo más, interrumpe su trabajo para fumar su pipa de Abd-el-Kader. Nada le distrae de su tarea, ni los juegos de los pequeños que, cansados de golpear á seis manos en el ruidoso piano, vienen á organizar una partida de escondite cerca de él, detrás del canapé del tiempo del Imperio, adornado con cabezas de león de bronce. Pero la mamá Gerard, desde el fondo de la cocina, donde se ocupa en guisar alguna cosa apetitosa, advierte que los niños hacen demasiado ruido.

María, que es una loquilla, empuja, para coger á su hermana, un sofá que choca contra un baúl del Renacimiento, haciendo temblar la loza de Rouen que hay en los armarios; y entonces grita la buena señora, aunque con acento dulce, desde el fondo de su antro, que despide un buen olor á tocino frito.

—«¡Vamos, niños, vamos! Dejad tranquilo á papá; idos á jugar al comedor.»

Ellos obedecen, porque allí pueden trastornar las sillas como les plazca, y hacer casas para jugar á las visitas. Esa loca de María (¿pueden imaginarse cosas semejantes á los cinco años de edad?) toma el brazo de Amadeo, á quien llama su marido, va á visitar á su hermana Luisa y le presenta su niño, un muñeco de cartón muy cabezudo, envuelto en una servilleta.

—Ya ve usted, señora,—dice á su hermana,—que es un niño muy hermoso.

—¿Y á qué piensa usted dedicarle cuando sea grande?—pregunta Luisa que se presta á este juego sólo por complacencia; pues tiene diez años y es ya una señorita.

—A la milicia, señora,—repuso gravemente María.

En este momento, el grabador, que se ha levantado de su asiento para estirar las piernas y encender por tercera vez su Abd-el-Kader, se pasea por la sala, y al mismo tiempo la señora Gerard, tranquila por la suerte de su guisado que cuece á fuego lento, despidiendo un olor agradable, lleva á su marido al comedor y ambos contemplan á los niños, tan traviosos, tan graciosos con su aspecto de formalidad. El mira á su mujer, ella á su marido, y vuelven los dos á sus faenas riendo á carcajadas. Pero en el cuarto de al lado nadie ríe nunca. En casa de los Violette sólo se tose, y se tose hasta el ahogo, hasta el desmayo. La tímida joven de cabellera demasiado pesada, va á irse, y cuando lleguen las hermosas tardes, no volverá á estrechar en el balcón la mano de su marido, contemplando los astros. Amadeo no comprende nada de esto, pero está poseído de un vago terror: siente que en su casa sucede algo lamentable, y todo el mundo le da miedo: la vieja que huele á tabaco, que al vestirle por la mañana le mira con aire de compasión; el médico tan peripuesto, que sube dos veces al día hasta el quinto piso y deja en la habitación olor á perfumería; su padre, que no sale ya de casa, que tiene una barba de bastantes días y que se pasea febrilmente por la salita, colocándose, con un movimiento de maniaco, detrás de la oreja el rebelde mechón. Hasta su madre asusta al pobre Amadeo. ¡Ah! Sí, él la ha visto á la luz de la lamparilla, con la cabeza hundida en la almohada, la nariz sumamente delgada, la barba deprimida, y como si le desconociera, y eso que tenía sus grandes ojos bien abiertos, cuando su padre, tomándole en brazos, le inclinaba hacia la enferma para que besase su frente cubierta de frío sudor.



Por fin llega el día terrible, día que Amadeo no olvidará jamás, aunque era entonces un niño pequeño, muy pequeño.

Ese día le despertó su padre, y le ha sacado de la cama; su padre, que tiene ojos de loco, enrojecidos á fuerza de llorar. El vecino señor Gerard (¿por qué habrá venido tan temprano?)

—Buenas noches, M. Violette,—decía de pronto una voz cordial.—Hace una noche muy hermosa.

Era el vecino M. Gerard, un grabador al buril, que salía al balcón á tomar el aire, después de haberse pasado todo el día encorvado sobre su mesa. Un buen hombre, grueso, de aspecto infantil, calvo, de barba roja con mezcla de pelos blancos, con la chaqueta desabrochada, y que en seguida encendía su pipa de barro, que representaba la cabeza de Abd-el-Kader, muy ennegrecida, excepto el turbante y los ojos, que eran de esmalte blanco.

La mujer del grabador, una gordinflona, de ojos alegres, no tardaba en reunirse con su merino, trayendo á sus dos niñas: una de ellas, la pequeña, tenía dos años menos que Amadeo; la otra, ya de diez, presentaba el aspecto de una persona formal: era la pianista que todos los días dedicaba un hora á destrozarse el *Indiana* de Marcailhou.

Los niños charlaban á través de los hierros que separaban el balcón por mitad. Luisa, la niña mayor que sabía leer, contaba á los pequeños, en voz baja, historias muy interesantes: José vendido por sus hermanos. . . Robinsón descubriendo huellas de pies humanos.

Amadeo, ahora ya con el cabello entrecano, recuerda aún el estremecimiento que sentía en el momento en que el lobo escondido debajo de las mantas de la *Abuela*, decía, rechinando los dientes, á la caperucita encarnada: «Hago, esto, hija mía, para mascarte mejor.»

Además, era de noche en la terraza: figuraos si esto sería terrible.

A aquella hora los vecinos apoyados en la barandilla del balcón daban rienda suelta á su locuacidad. La familia Violette, que era silenciosa, limitábase la mayor parte de las veces á escuchar á sus vecinos, sólo cambiando con ellos breves frases de atención, como por ejemplo: «¡Vaya! . . . ¡Es posible! Tiene usted mucha razón. . . » Pero á los Gerard gustábase hablar, y la señora Gerard, toda una mujer de su casa, suscitaba alguna cuestión de economía doméstica, como, por ejemplo, que había salido durante el día y visto en un almacén de la calle del Bac cierto merino muy barato y muy cumplido. Otras veces era el grabador, que haciendo política al estilo de entonces, aseguraba que era necesario aceptar la República: no la roja, sino la verdadera, la buena: ó que temía que Cavaignac fuese elegido presidente en el escrutinio de Diciembre, si bien él siempre seguiría grabando (pues ante todo es vivir) un retrato del príncipe Luis Napoleón, destinado á la propaganda electoral. Los señores de Violette dejábanle hablar, y á veces ni siquiera atendían á la conversación, tomándose suavemente de las manos y contemplando las estrellas.

Estas hermosas noches de principio de otoño,



también deja asomar gruesas lágrimas a sus párpados, y permanece constantemente al lado del señor Violette, como si veiera por él, y le toca afectuosamente el hombro con la palma de la mano, diciéndole:

«¡Vamos, valor, amigo mío!»

Pero el buen amigo no le tiene. Deja que el señor Gerard siente sobre sus rodillas a Amadeo, é inclina su cabeza como la de un muerto sobre el pecho del grabador y empieza a llorar y a sollozar con gran violencia.

—«¡Mamá, quiero ver a mamá!» grita Amadeo lleno de espanto.

¡Ay! Ya no la verá más. Se le llevan a casa de los Gerard, y la buena vecina le viste, diciéndole que su mamá se ha marchado por mucho tiempo, que no debe pensar más que en su papá y quererle mucho; añadiendo otras palabras que no comprende, ni se atreve a pedir la explicación, pero que le consternan.

¡Cosa rara! El grabador y su mujer no se ocupan más que de él, mirándole a cada instante: hasta las pequeñas tienen un aspecto grave, casi respetuoso. ¿En qué consiste? Luisa no abre el piano, y cuando María ha querido tomar su caja de muñecas debajo del armario, le ha dicho bruscamente su madre, tratando de ponerse seria: «¡Hoy no se juega!»

Después de almorzar, la señora Gerard se ha puesto su abrigo y su sombrero, y ha salido llevándose a Amadeo. Han subido a un coche que pasó por calles que él no conoce, han atravesado un puente, en medio del cual hay un caballero de bronce, muy grande, con la cabeza descubierta y coronada de laureles y se han detenido delante de una gran casa. Han entrado, y allí un joven muy vivo y muy ocupado ha hecho vestir a Amadeo un traje negro.

A la vuelta a su casa, el niño ha encontrado a su padre y al señor Gerard sentado a la mesa del comedor, ocupados en escribir señas en grandes sobres de luto. El señor Violette ya no lloraba, pero su rostro estaba surcado de dolor y dejaba caer sobre los ojos su encrespado cabello.

Al ver a su hijo con el nuevo traje, ha exhalado un gemido, levantándose y tambaleándose como un hombre ebrio, vertiendo otra vez abundoso llanto.

¡Oh! Amadeo nunca olvidará este día, ni el horrible día siguiente, cuando la señora Gerard vino por la mañana a vestirle con su traje negro, mientras que se oía en el cuarto de al lado ruido de gruesos zapatos y martillazos. . . Continuamente se está acordando de que no ha visto a su madre desde hace dos días.

«¡Mamá, quiero ver a mamá!»

Fué preciso tratar de hacerle comprender la verdad, y la señora Gerard le repitió varias veces que era necesario ser juicioso y bueno para

consolar a su padre, que estaba muy apenado; añadiendo después que su mamá se había marchado para siempre y que estaba en el cielo.

¡En el cielo! Está muy alto y muy lejos el cielo. Pero si su madre está en el cielo. ¿qué es lo que lleva ese lúgubre carruaje, que sigue, a pesar de la lluvia, a pretando el paso, mientras que su padre con las manos cubiertas con guantes negros le estrechaba las suyas? ¿Qué es lo que meten en ese hoyo del que sale un olor a tierra removida recientemente, rodeado de gentes vestidas de negro, y por qué su padre al mirar allí vuelve con horror la cabeza? ¿Qué ocultan en esa fosa abierta en un jardín lleno de cruces y de urnas de piedra, en donde los árboles de ramas de bronce relucen al sol después del chaparrón de los primeros días de Marzo, dejando resbalar por sus troncos gruesas gotas parecidas a lágrimas?

¡Su madre está en el cielo! . . . Amadeo no se atreve ya a repetir la petición de «ver a su mamá». La tarde de este espantoso día, cuando se sienta a la mesa al lado de su padre, a la mesa en la que desde hace mucho tiempo la vieja del jubón no pone más que dos cubiertos, el pobre viudo, que todavía alguna vez se enjuga las lágrimas con la servilleta, coloca un pedazo de carne en el plato de su hijo, cortándole en pedacitos. El niño, algo pálido, sentado en la silla alta, se pregunta si no volverá a ver la mirada de su madre, tan dulce, tan acariciadora, en algunas de esas estrellas que a ella la gustaba contemplar desde el balcón en las frescas noches de Septiembre, estrechando en la obscuridad la mano de su marido entre las suyas.

II

Los árboles son como los hombres, hay algunos que no tienen suerte. Pero como árbol desgraciado verdaderamente, ha habido pocos que se igualen al pobre diablo del plátano plantado en medio del patio de la institución de jóvenes situada en la calle de la Grande Chaumiere, dirigida por M. Batifol.

La casualidad hubiera podido colocar este árbol en la orilla de un río, en una bonita vega, desde donde viese pasar los barcos, ó bien en la plaza de una ciudad en donde hubiera guarnición, en la que podría disfrutar dos veces por semana de la distracción de oír tocar la música militar. Pues bien; nada de esto: estaba escrito en el libro del destino que el desgraciado plátano perdiera su corteza todos los veranos, como una serpiente que muda de piel, y que alfombraría el suelo con sus hojas marchitas por la primera helada, en el patio de la institución Batifol, que era un sitio poco agradable.

Por lo demás, este árbol solitario, un plátano como otro cualquiera (*plátanus orientalis*), estaba entre dos edades y carecía de originalidad, y debía tener el sentimiento punible de engañar al público. En efecto: debajo de la muestra de la institución Batifol (*Curso del liceo Enrique IV. Preparación al bachillerato y a las Escuelas del Estado*), leían estas palabras falaces: *Hay jardín*, y en realidad sólo había un patio vulgar, con el piso cubierto de arena de río, y un arroyuelo cavado artificialmente al rededor; un patio en el que sólo hubieran podido cosecharse, después de las horas de asueto, media docena de pelotas perdidas, algún peón roto y cierto

número de clavos de zapato. Sólo un plátano justificaba la ilusión, la ficción del jardín prometido en la muestra. Así, pues, como los árboles tienen seguramente sentido común, éste debía tener la conciencia de que él solo no constituía un jardín!

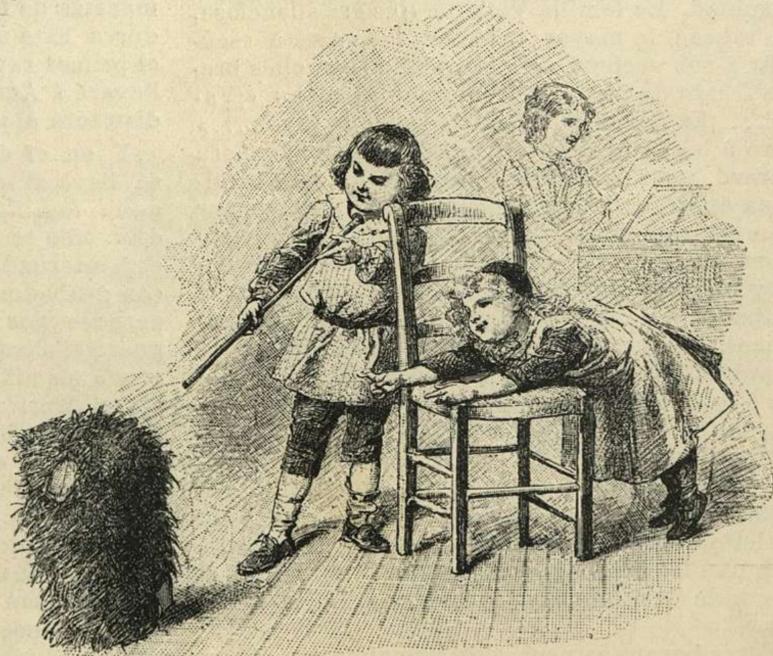
Además, es verdaderamente una suerte muy injusta para un árbol inofensivo que no ha hecho daño a nadie, la de extenderse al lado de una escuela de gimnasia, en un rectángulo perfecto, formado por una tapia como de cárcel, erizada de vidrios de botellas rotas, y por tres cuerpos de edificio de una simetría aflictiva ostentando encima de sus numerosas puertas del piso bajo letreros cuya sola vista hace bostezar, como por ejemplo: Sala 1. Sala 2. Sala 3. Sala 4. Escalera A. Escalera B. Entrada a los dormitorios. Refectorio. Laboratorio.

El pobre plátano languidecía de fastidio en tan triste lugar, y sólo tenía algunos momentos agradables en las horas de recreo de los colegiales, cuando estallaban en el patio gritos y risas de alumnos enredadores y juguetones; siendo lisonjero para él que al pie de su tronco se estableciera el juego del tres en raya. Los pájaros parisienses, a pesar de no ser muy descontentadizos, nunca habían construido en él ni un solo nido, ni apenas se posaban en sus ramas. Es probable que este árbol desencantado, cuando el viento de Abril agitaba su follaje, atrayendo a los pilluelos del cielo a morodear en él, les dijera: «Creedme, este sitio no vale nada. Idos a otra parte a hacer el amor.»

A la sombra de este plátano, plantado bajo la influencia de una mala estrella, debía deslizarse la mayor parte de la niñez de Amadeo.

Como empleado de ministerio, M. Violette estaba condenado a siete horas diarias de prisión, de las cuales una ó dos se destinaban a examinar con disgusto un fajo de impresos, probablemente superfluos, y las restantes a diversas ocupaciones intelectuales muy variadas, tales como rayar papel, limpiarse las uñas, hablar mal de los jefes, gruñir por la lentitud de los ascensos, mandar cocer una patata ó un pedazo de salchicha para el almuerzo, ó leer un periódico de cabo a rabo, hasta el nombre del impresor y hasta los bombos, entre los que un cura de aldea expresa su sencilla gratitud por haber sido curado de un constipado pertinaz. En recompensa de esta cautividad cotidiana, M. Violette recibía a fin de mes la cantidad exactamente precisa para asegurarse la sopa y la carne con algunos pepinillos alrededor.

Con objeto de procurar a su hijo una posición distinguida, el padre de M. Violette, relojero de Chartres, había gastado cuanto ganaba, no dejando a su fallecimiento absolutamente nada. Su hijo, el Silvio Pellico administrativo, en sus horas de fastidio exasperado, estaba pesaroso de no haber seguido sencillamente el arte de su padre, y veíase imaginariamente en la clara tiendecita de junto a la catedral, bajo cuya arcada distinguía una muestra representando un lobo acechando las ristras de cebollas de una granja, y oyendo el alegre tic tac de una treintena de relojes de oro y plata dados a componer por los campesinos, que vendrían a recogerlos el día del mercado.





Pero yo pregunto: ¿esta profesión humilde era digna de un joven que había hecho estudios completos: bachiller en letras, atiborrado de raíces griegas y de deducciones, que le permitían demostrar, casi sin tomar aliento, la existencia de Dios y precisar datos acerca de los reinados de Nabonassar y de Nabopolassar? No, señores. Y el modesto relojero de Chartres, sencillo artista ó artesano, comprendía mejor el espíritu moderno. ¡Muy bien, muy bien! Escuchad. ¿Nos hallamos todavía en Egipto, en tiempo de los Faraones, para que un hijo suceda forzosamente á su padre en su oficio? (Aprobación). No: este modesto tendero, después de todo, había obrado según la ley de la democracia, siguiendo el instinto de una noble y juiciosa ambición. (Aplausos en muchos bancos). Y ha hecho de su hijo un joven inteligente y sensible, una máquina de llenar impresos y de perder días en adivinar las charadas de *La Ilustración*, que descifraba tan corrido como M. Ledain una inscripción cuneiforme de una baldosa asiria; resultado que debía admirar á los manes del antiguo relojero. Su hijo había llegado á ser un caballero, un funcionario tan honorablemente retribuido por el Estado, que veíase obligado á mandar ponerse en la parte posterior de sus pantalones remiendos de paño de color casi parecido, y á que su pobre mujer, cuando se aproximaba su parto, llevara al Monte de Piedad el cucharón y los únicos cubiertos de plata que había en la casa.

Sea lo que sea, lo cierto es que M. Violette, habiéndose quedado viudo y estando ocupado todo el día, veíase muy apurado con un hijo tan pequeño.

Sin duda alguna, sus vecinos, los Gerard, continuaban siendo muy amables para con Amadeo, y le tenían en su casa toda la tarde; pero este estado de cosas no podía durar siempre, y M. Violette sentía escrúpulos de abusar de la complacencia de aquellas honradas gentes.

Sin embargo, Amadeo no les incomodaba, y la mamá Gerard le amaba ya como á uno de los suyos. El huérfano habíase hecho inseparable de Mariquita, un diablillo, que cada día estaba más linda. El grabador había encontrado en un armario su antigua gorra de pelo de granadero de la Guardia Nacional, prenda de uniforme suprimido desde el 48, y se la dió á los niños. ¡Un magnífico juguete! Inmediatamente le transformaron, en su imaginación, en un oso gigantesco, de espantable ferocidad, al que se pusieron á cazar por toda la casa, emboscados detrás de los sillones, apuntándole con palos é hinchando los carrillitos con todas sus fuerzas para gritar ¡pum! imitando los disparos de fusil. Esta diversión cinematográfica acabó de arruinar el antiguo mobiliario.

Entre tanto, las escalas del piano de Luisa, la mayorcita, se deslizaban produciendo un torrente musical, el frito chirriaba en los hornillos de la cocina de la mamá Gerard, y tranquilo en medio de aquel alegre desorden y de aquel estrépito, hasta no poder entenderse, el grabador, siempre en su tarea, cincelaba el gran cordón de la Legión de Honor y las charreteras de canalones del Príncipe Presidente, al cual, republicano sos-

pechoso, en acecho del golpe de Estado, á quien detestaba Gerard de todo corazón.

—Seguramente, vecino,—decía la señora Gerard al empleado, cuando al salir de la oficina venía á buscar á su hijo, y se excusaba de la incomodidad que decía dar á la familia,—contoda verdad aseguro á usted, mi estimado señor Violette, que el niño en nada nos molesta. . . . Espere usted un poco antes de ponerle en el colegio. No es enredador, y si María no le sacase de sus casillas. . . . Muy bien puede afirmarse que entre los dos, ella es el muchacho; sin ese diablejo, Amadeo siempre estaría registrando estampas. Luisa, la mayorcita, le hace leer todos los días dos páginas de «La moral en acción.» y ayer mismo el niño divirtió mucho á Gerard, contándole la historia del elefante agradecido. . . . Tiempo

sobrado tiene usted para mandarle al colegio. Espere usted un poco, etc., etc.

Pero M. Violette estaba decidido á hacer entrar á Amadeo en el colegio Batifol, como externo, por supuesto. ¡Era tan cómodo! Sólo había que andar dos pasos. Esto no impedirá que el niño vea con frecuencia á sus amiguitas. Tiene ya cerca de siete años y está muy atrasado; apenas sabe formar letras; no hay que descuidarse con los niños.

Por esto, un hermoso día de primavera, M. Violette presentóse con su hijo en el gabinete de M. Batifol, que no tardaría en venir, según ha dicho el criado.

El gabinete de M. Batifol es espantoso.

En los tres cuerpos de estantes de libros, que no abre jamás el perfecto preceptor y avaro pupilero, sólo asoman sus cantos algunas obras que compra de lance á los libreros de los muelles; como por ejemplo: *El curso de literatura*, de Laharpe, y un *Rollin* que nunca se acaba.

La mesa cilíndrica de estudio, obra maestra de caoba chapeada, cuyo secreto sólo conserva el arrabal de San Antonio, ostenta sobre sí una esfera terrestre.

Amadeo se fija en seguida, á través de una ventana abierta, en el plátano que hay en medio del patio, que se aburre extremadamente no obstante el sol y el cielo azul y el aire primaveral.

Un mirlo joven, que todavía no conoce el barrio, ha venido hace un momento á posarse en una de sus ramas, pero indudablemente el árbol le ha dicho:

—«¿Qué vienes á hacer aquí? El jardín de Luxemburgo está á tres vuelos, y aquello es encan-

tador. Allí hay niños que hacen pasteles de arena, niñas que sentadas en los bancos hablan con los militares, enamorados que se pasean cogidos de la mano. . . . ¡Vete, pues, allí, imbécil!»

El mirlo vuela, y el árbol universitario, vuelto á su soledad, deja colgar sus hojas desilusionadas.

Amadeo, en su confusa inteligencia de niño, está á punto de preguntar por qué aquel plátano tiene el aire tan triste; pero ábrese una puerta y se presenta M. Batifol.

De aspecto feroz, á pesar de su nombre casi inconveniente, el director del colegio se parece á un hipopótamo vestido con una amplia levita de paño negro. Se adelanta pausadamente, saluda á M. Violette con dignidad, se sienta en su sillón de cuero delante de sus papelotes, se quita su gorro de terciopelo y descubre una calva tan voluminosa, redonda y amarilla, que Amadeo la comparó con espanto á la esfera terrestre colocada sobre la mesa.

Las dos son una misma cosa: sus dos bolas son gemelas; hay en el cráneo de M. Batifol una erupción de granitos sanguíneos agrupados, poco más ó menos, como los archipiélagos del Océano Pacífico.

—A qué debo el honor. . . ? pregunta el director con una voz pastosa, excelente para gritar los nombres en la distribución de premios.

M. Violette es algo tímido: cosa estúpida hasta cierto punto; así es que cuando el jefe de su negociado le llama á su despacho para algún asunto del servicio, siente una especie de atortclamiento y le tiemblan las piernas. Un personaje tan imponente como Batifol no es á propósito para darle aplomo. Amadeo es también tímido como su padre, y mientras el niño, asustado por el parecido de la esfera con la calva del director, empieza á temblar, M. Violette se turba, arregla su rebelde mechón, busca palabras y no acierta á decir nada.

Sin embargo, acaba por repetir poco más ó menos lo que decía á la mamá Gerard. Su hijo va á cumplir siete años y está muy atrasado, etc., etc.

El director parece escucharle con benévolo interés, inclinando de vez en cuando su cráneo geográfico; pero en realidad observa y juzga á sus visitantes.

La levita algo raída del padre y la tez paliducha del niño revelan la pobreza. Se trata de un externo de treinta francos mensuales. Nada más.

Sin embargo, M. Batifol suelta el *speech* que dirige en iguales circunstancias á todos sus nuevos clientes,

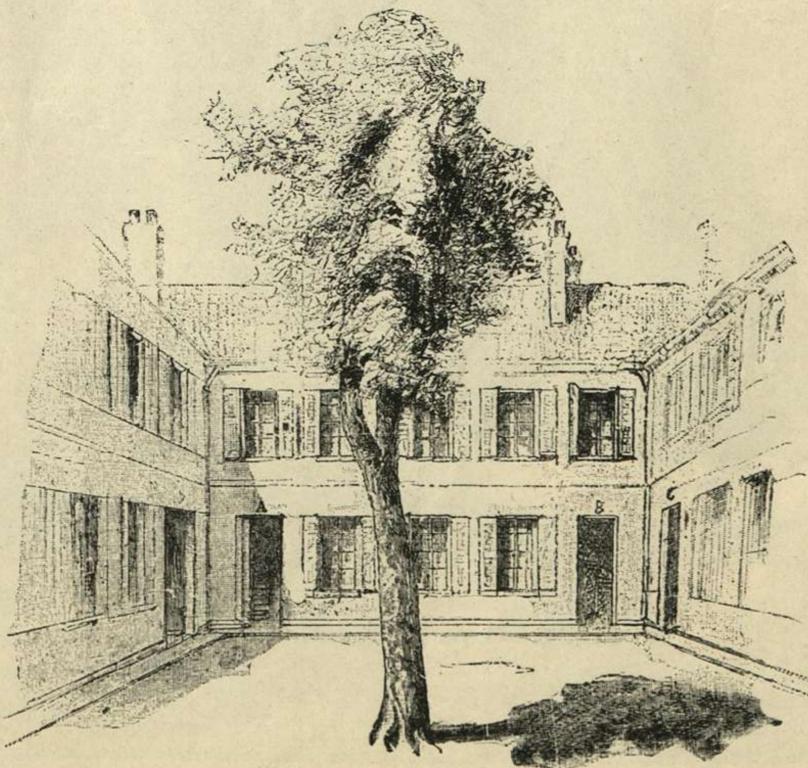
Se encargará de su «joven amigo» (por treinta francos mensuales, llevando el niño su almuerzo en una cestita), que será desde luego colocado en una clase elemental. (Algunos padres de familia prefieren, con razón, la media pensión con una comida sana y abundante al mediodía, pero M. Batifol no insiste sobre este particular). Su joven amigo será, pues, destinado á una clase infantil, pero se comenzará á prepararle *ab ovo*, para recibir en su día las lecciones de esta Universidad de Francia. *alma parens* (naturalmente, la enseñanza de lenguas extranjeras no está comprendida en los precios ordinarios), de esta ilustre Universidad, que por el común trabajo, por la emulación entre los educandos (las artes de adorno y el baile, música y esgrima se pagan por supuesto, aparte), predispone á los niños á la vida social, haciéndoles hombres y ciudadanas.

M. Violette se contenta con la existencia externa á treinta francos. Trato concluido. Desde el día siguiente Amadeo ingresará en el «nuevo preparatorio.»

—Déme usted la mano, amiguito,—dice el director del Colegio, cuando el padre y el hijo se levantan para despedirse.

Amadeo, muy turbado, alarga la mano, y M. Batifol tiende la suya, que es tan enorme, tan pesada y tan fría, que á su contacto el niño siente un estremecimiento, como si tocara una pierna de carneiro de siete ú ocho libras acabada de llegar de la carnicería!

(Continuará).



Páginas de la Moda.



Fig. 1.- Capa para salida de ópera ó baile.

LECTURAS PARA LAS DAMAS.

—«No hay cosa más descuidada que la educación de las niñas»—ha dicho el gran Fenelón.

Ciertamente, á la falta de provisión en la educación que actualmente se les da á las niñas, debe atribuirse esa frivolidad que domina á la mayor parte de las jóvenes del día, la cual les viene de que desde muy temprano se les acostumbra á que den preferencia á los trajes y á cuanto tiende á realzar los atractivos físicos, desatendiéndoles por completo la educación del alma. Pien sen las madres en que fomentán doles desde tan temprano el amor propio, sólo se consigue que se hagan presumidas, necias y exigentes, no dándole valor alguno á las cualidades morales, que son las únicas que le dan un verdadero valor á la mujer, sino solamente al atractivo personal.

¿Qué pensamientos elevados, que aspiraciones nobles podrán caber en cerebros tan llenos de humo? Naturalmente, todo tiene que ser muy bajo y vulgar, limitado tan sólo á lo material, entretanto á la alma se le deja en el olvido más completo, sus facultades aisladas del cielo que es su tendencia, deslumbradas por fuegos fatuos, engañadas por direcciones todas terrestres y perdidas en el vicio espantoso de las pasiones.

¿Cuál es la madre que en el tiempo presente se ocupa, antes que todo, en educar el alma de sus hijas, ilustrar su razón y dirigir las hacia la verdad? ¿Cuál es la que se esmera en infundir les una virtud verdaderamente sólida, así por medio de doctrinas, cuanto por los ejemplos que de ella palpen?

Por lo que se ve, lo que menos preocupa á las madres actuales es la educación del alma; se deja crecer á las niñas en el abandono más completo, á que sean lo que quieran: sin dirección competente, es de todo punto imposible esperar resultados favorables; por lo contrario, se hacen caprichosas, vanas, y muy superficiales, concretando todo su valor en la sola belleza física.

Apenas pasan del período de la niñez al de la adolescencia y un solo y único pensamiento absorbe su atención: agradar á la vista, hacerse estimables por medio de sus atractivos; ningún pensamiento serio les ocupa, ninguna reflexión juiciosa se hacen, ni en nada formal se fijan. ¿Con qué indiferencia miran los negocios importantes, y con qué ardor las cosas frívolas.

¿Qué esposas, qué madres prometen ser estas jóvenes? Nunca podrán desempeñar su misión puesto que han sido mal dirigidas; su mente, desprovista de ideas nobles elevadas, las conduce por una senda completamente opuesta á la del deber; acostumbradas al ocio y la malicia, muy pesados y dificultosos se les hacen sus deberes, tanto más porque ni la más ligera idea se les da de ellos. En vez de infundir les virtud, de acostumbrarlas desde sus primeros años á practicar el bien, se les fomenta la vanidad y se les enseña á tener en muy alta estimación los oropeles y las vanidades del mundo, y á medida que estas ideas se pose sionan de la mente, el entendimiento se ofusca, la razón se entorpece: nada se encamina á la verdad, á lo justo, á lo noble y elevado, sino por el contrario, al error, á la miseria, á la nada. ¿Qué es la mujer desprovista de cualidades morales, qué vale si no posee virtud por bella que sea?

Un hombre sensato, de juicio,



FIG. 2.—TRAJE DE CASA.

FIG. 3.—TOILETTE BORDADA.

FIG. 4.—GRAN TOILETTE DE CALLE.

FIG. 5.—TRAJE DE CIUDAD.

FIG. 6.—TOILETTE DE CASA.



FIG. 7.—TOILETTE ELEGANTE.

nunca podrá elegir para compañera de su vida, para madre de sus hijos, á una mujer necia y frívola

La mayor parte de esas uniones desgraciadas reconocen por causa la mala dirección que se da á las niñas; se las educa para los salones, mas no para el hogar; éstos exigen moda, vanidad, lujo, coquetería, falsedad y sacrificio; el hogar, por el contrario, requiere laboriosidad, economía, abnegación, y sobre todo, mucha vergüenza para poder desempeñar con la conciencia debida los delicadísimos deberes de esposa y las obligaciones como madres de familia. Las satisfacciones que proporcionan los primeros son de muy corta duración, reducidos tan sólo á halagar por el momento los sentidos, mientras los que ofrece el hogar, los que proporciona el cumplimiento del deber, son bienes positivos y duraderos que se dirigen al corazón llenándolo de infinita paz y regocijo!

Si el objeto de la vida de la mujer solamente se concentrara á las diversiones, pasatiempos, y á deslumbrar y agrandar con su belleza, el gran problema quedaría resuelto en favor de la educación para los salones.

¿Quién no comprenderá la urgencia de darles una educación completa que les facilite el recurso de una virtud más poderosa que los dolores que les esperan y las seducciones que las amenazan?

Es tan superficial la educación que se les da, tan incompleta é insuficiente, se las acostumbra tan poco á ningún pensamiento serio, que cualquiera lectura, no digo de instrucción, sino puramente por recreo, les es insoportable, dándoles sí preferencia á obras frívolas é insustanciales, que en vez de iluminar la razón y darle fuerza y vigor al espíritu, vacían los sentimientos y fomentan las pasiones. Estas lecturas ningún estrago causarían si hubiera un fondo, un criterio sano, una moral sólida y un juicio recto; pero no estando en estas favorables disposiciones, sus consecuencias tienen que ser desastrosas.

¿Cuál es el caudal de virtudes con que cuentan para subyugar al esposo y sostenerle en un mismo grado la ilusión, el cariño y la estimación? ¿Qué atractivos morales podrá tener para éste su hogar? Podrán satisfacerle á la larga los de la pura belleza? Por frívolo que sea el hombre, siempre busca fondo, una alma que forme eco con la suya y lo comprenda.

¿Qué atractivos podrá ejercer sobre el espíritu una mujer que sea tan bella como necia, ignorante y tonta? ¿Qué vale su belleza si á ella no están unidas las cualidades morales? Bien ha dicho Napoleón: «Una mujer hermosa encanta la vista, y una mujer buena complace el corazón: la una es una joya, y la otra un tesoro.»

Si la mujer no cuenta con otro incentivo fuera del de su belleza, si se encuen-

tra desprovista de la belleza moral, si no posee virtudes que la guíen para desempeñar su misión, ¿podrá ni aún siquiera medianamente llenar sus deberes como hija, esposa y madre?

Desde muy temprano se les debe enseñar á las niñas que la belleza física es un bien muy fugaz, que muy pronto desaparece: mas por lo contrario, la moral subsiste en perenne armonía á través de los cambios del tiempo y acompaña á la mujer en todas las épocas de su vida.

Muy interesante es que desde pequeñas se les haga formar la más alta idea de la virtud y de lo indispensable que es en la mujer.

Puesto que de la dirección que se les da á las niñas depende su felicidad ó su desgracia, deben poner especial cuidado las madres en educarlas sólidamente; el cariño maternal no excluye la severidad razonable cuando de ésta se desprenden enseñanzas útiles, que deben robustecerse con el ejemplo.

La primera educación es la de mayor importancia; por lo tanto, debe ser muy escrupulosa, y téngase presente que debe seguir muy de cerca el nacimiento para que las primeras impresiones se graben indelebles en sus tiernos corazones y prevalezcan durante toda su existencia.

Educarnos el alma es tanto como elevarlos sobre las ruines pasiones, es alejarlas de lo vulgar y mezquino; así las aspiraciones y pensamientos, no tenderán á las pequeñeces de la tierra, sino solamente á la verdad, á todo aquello que es justo, noble y elevado.

PARA EVITAR EL SUDOR DE LAS MANOS Y DE LOS PIES.

Uno de los remedios mejores es echarles un polvo de partes iguales de ácido salicílico, jabón talco y almidón. Igualmente se recomienda usar también en la forma de polvo: ácido carbólico, 1 parte; alumbre quemado, 4 partes; almidón, 200 partes; yeso, 50 partes; almidón, y aceite 2 partes.

PARA EVITAR LA CAIDA DEL PELO.

Mézclase una onza de alcanfor pulverizado con 2 onzas de borax y échesele encima cuatro cuartillos de agua hirviendo. Después de frío se embotella y guarda bien tapado. con esta preparación se frota bien la cabeza por la mañana y por la noche.

Nuestros Grabados.

FIGURA 1.—CAPA PARA SALIDA DE OPERA.

De gran factura, de piel de seda toda bordada á grandes guías. Orla de piel. Cuello Valois. Capelina figurada, muy sobria y elegante.

FIGURA 2.—TRAJE DE CASA.

De sarga de lana gris acero. Falda bordada de cinta. Cuerpo blusa con un gran yoke. Camisola plissé, muy elegante.

FIG. 3.—TOILETTE BORDADA.

Falda bordada, á ambos lados, de grandes guías.—Cuerpo blusa bordado en guías menores, cerrado á la izquierda. Camisola de batista plissé en gajos.

FIG. 4.—GRAN TOILETTE DE CALLE.

De piel de seda negra orlada de chinchilla en grandes orlas. Muy ceñida, por cintura de tafetán.

FIG. 5.—TRAJE DE CIUDAD.

Estilo sastre. Casacón ceñido, con grandes solapas doublée de seda á rayas. Sobre-falda abierta cayendo sobre una falda figurada á rayas.

FIG. 6.—OTRA TOILETTE DE CASA.

Cuerpo blusa todo drapeado de muselina de seda plissé en el centro y ahuevada por ambos lados. En el centro una orden de moños de raso muy elegante. Plastrón á rayas de seda. Cuello fantasía.

FIGURA 7.—TOILETTE ELEGANTE.

Falda de sarga lisa con una gran drapería bordada que es continuación del bolero. Este todo drapeado cae sobre una blusa de terciopelo, abierta sobre un plastrón drapeado que se prolonga en elegante cuello.

FIG. 7.—FICHU FANTASIA.

De gran sobriedad, de muselina de seda orlado de volantes. Sobre la frente forman estos volantes un elegante penacho.



FIG. 8.—FICHU FANTASIA.

OTRO PAGO

De \$3,000.00 de "LA MUTUA"
EN MEXICO

Timbres por valor de \$3.00 debidamente cancelados.

Recibi de "The Mutual Life Insurance Company of New York" la suma de (\$3,000.00.) TRES MIL PESOS plata mexicana en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 402,631 bajo la cual estuvo asegurado el finado Señor Presbítero Don Feliciano Ramirez, y para la debida constancia en mi carácter de albacea de la intestamentaria de la señora Juana Meléndez extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en México, Distrito Federal, á diez de Diciembre de mil ochocientos noventa y ocho.—Firmado.—Joaquín Pita.—Rúbrica.

Un timbre de 50 centavos debidamente cancelado.—Heriberto Molina, Notario Público.

Certifico: que el Sr. Joaquín Pita suscribió en mi presencia el recibo que antecede, recibiendo á su entera satisfacción la suma de tres mil pesos plata mexicana, que el mismo expresa, y para constancia, extiendo la presente certificación en México, á diez de Diciembre de mil ochocientos noventa y ocho.—Firmado.—Heriberto Molina.—Rúbrica.

